PEGASO

Montevideo, Marzo de 1923. N.º 57 — Año VII.

TORIBIO VIDAL BELO

El 17 de Marzo de 1923

El autor de "Pontifical", iniciador en el Uruguay de la poesía novecentista, no fué, por cierto, un poeta cuyo numen aceptara el consejo de Rubén Darío: "cuando una musa te dé un hijo, queden las restantes encinta", mal consejo que ha hecho y hace tanto daño a nuestra literatura.

En su juventud, que era casi infancia, oyó el repiqueteo de los campanarios "en la Pascua florida" y tradujo, en ritmos únicos, la emoción de la hora nueva, ritmos trascendentales cuya vibración persistirá en las Antologías, mientras perdure el culto de la forma, amenazado hoy por una secta que ha inventado el verso sin ideas ni ritmos, esto es, una especie de gelatina retórica.

Toribio Vidal Belo era un poeta, con lo que significo que jamás estuvo en su medio en nuestra democracia pampeana, y supo mantenerse alejado—a mérito de alas—de las tierras bajas donde pululan patos y ocas.

Hizo pocos versos. ¿Para qué más? Le bastaba su propia poesía doméstica, su cielo íntimo, tan lleno de estrellas.

Incapaz de un reproche—como que era todo bondad

—fraguó su vida en un destierro voluntario, lejos de la notoriedad que tentara a sus vecinos geográficos.

Queden estas páginas mías—escritas a todo corazón —como anticipo de las que redactarán, más tarde, otros mejores que nosotros, que sabrán hacer justicia en vida y en muerte, en resonantes homenajes, a quienes, Héroes de verdad, dispersan la sombra —como Apolo en el magnífico mármol — y ponen luz en los ojos y emoción en los corazones.

PABLO DE GRECIA.

EL HOMBRE

Un exterior pulcro, apuesto, simpático y un alma a prueba de hidalgas generosidades. Así era, para decirlo en grande síntesis, aquel hombre talentoso y cordial que se llamó Toribio Vidal Belo.

Pocas veces se da el caso de un mayor encumbramiento administrativo coincidiendo con una menor claudicación espiritual. Desde su más radiante juventud, fué Toribio Vidal Belo un enamorado de la Belleza. Su vocación se manifestaba de varios modos igualmente elocuentes: curiosidad ante las obras bellas; resuelto propósito de ahondar una cultura artística; sus páginas inspiradas (unas veces en verso y otras en prosa); el cariño con que seguía los esfuerzos de cien jóvenes—poetas, pintores, músicos—más atentos a hacerse de un nombre artístico que a labrarse una posición en la patria.

Y he aquí, tal vez, el único germen de tristeza que había en su alma: la vocación desviada... por quien suele desviar estas cosas: ¡por la vida!... Ella le impuso, tiránica, un derrotero. Pero Vidal Belo no se dejó oprimir por el pesado yugo del prosaísmo burocrático. No. Ni en el Parlamento, ni en la Administración Pública—un cargo de tanta responsabilidad como el muy importante que en sus últimos años desempeñara—desfalleció su afición por todo lo que fuera inmaterial.

Y al revés de otros, no sonrió nunca ante los tem-

peramentos más idealizadores. Al contrario, se le creería con una honda congoja, disimulada ante su constante preocupación del "bien parecer". Como Domingo Arena, en un rapto de genial franqueza, hubiera podido decir: "Aunque he sido algo que nunca he pensado ser, no he sido nada de lo que hubiera querido ser." Ya sabemos el porvenir que espera en esta tierra, a los que, naciendo poetas permanecen poetas. Tal vez en otros muchos lados suceda lo mismo. Pero en estos ambientes nuevos, agropecuarios, más necesitados de un buen labrador que de un filósofo, el dilema es de hierro: transformarse o fracasar en la lucha por la existencia.

Por eso hemos dicho ya en alguna parte, que *deformarse es vivir.*

En Toribio Vidal Belo había bastante más que el germen de un notable escritor. Su buen gusto se dijera innato; y así le vimos tratando de embellecer, con notorio beneficio para los que llenaban actividades allá dentro, los salones del Senado y del Consejo de Administración.

Pero si la vida malogró al artista, no fué así de absorbente con el caballero, aquel caballero sin tacha, fino y expresivo, que hubo siempre en Vidal Belo. Su corazón, tierno y afectuoso, irradiaba cordialidad de tal modo, que los amigos, aun aquellos amigos que por nuestra agitada existencia veíamosle menos, la sentíamos de lejos, fluyendo como un haz luminoso, acompañándonos, precediéndonos tal el resplandor de una antorcha, en nuestro duro peregrinaje por las más sombrías encrucijadas del vivir...

En la temprana muerte de Toribio Vidal Belo hay que lamentar la desaparición de lo que era aquel hombre y de lo que hubiera podido ser cuando sus obligaciones, como servidor del Estado, le hubieran dejado, ya un poco viejo, tiempo libre. Vidal Belo, tan fino, tan expresivo, tan culto, tan cordial, pudo ser—

y habría resultado de no arrebatárnoslo la vida—uno de los más hábiles mantenedores del idealismo de la juventud.

Su distinción natural y su bien acreditado buen gusto—aparte de aquella viva inteligencia que nos obligaba a buscarle — sindicaban como un verdadero mentor a quien imprimió tan honda huella con sólo actuar, con la eficacia y el desinterés que él sabía hacerlo, en la Comisión del monumento a Artigas.

VICENTE A. SALAVERRI.

DE TORIBIO VIDAL BELO

PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo Julio Herrera y Reissig.

¡Repiquetean los seis campanarios
El carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquídeas,
Iris de amor de los pétalos lilos
De los nenúfares, tejen los regios
Sobrepellices del Arca de Asiria.

Amarillea el marfil del relieve
En los estucos de esmalte y de mica
Del tabernáculo santo.—¡Las rosas
Sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
Pule el cristal de las raras antífonas
Y en los armonios y en los violoncelos
Las aleluyas alegran sus risas.

Van entre estolas y capas pluviales
Los elegidos del reino, las ricas
Cajas de sándalo y palo de rosa
Donde Morcay y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Regnier bajo el palio
De raso persa y de sedas egipcias,
Son la magnífica flor de holocausto
Sacrificada a la Diosa Harmonía.

Viste la veste talar del acólito
Y orla de mirto su clásica lira
Le Cordonnel, el histérico loco,
¡Ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves
Pintan sus símbolos los simbolistas
Y el bello Heredia cincela su Heráldica
Decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
Saltan los sátiros; riman las liras;
Suenan los seis campanarios sus kyries,
Y arde el altar bajo el sol de las mitras.

Cincelador de los ídolos nuevos
El Gran Verlaine versifica su epístola
Y en el misal de sus Fiestas Galantes
Reza el Profeta sus cien profecías.

La hora de orar da el reloj del apóstol,
La hora de orar la oración pontificia;
Y la inicial procesión de novicios
Canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
Zumban los giros que el verso acaricia
Y en el vidrial ojival de las cúpulas
Beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas
Que las modernas parábolas riman
Bajo las naves del griego cenáculo
Donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol
Queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡Ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡Anunciación de los nuevos Mesías!

1899.

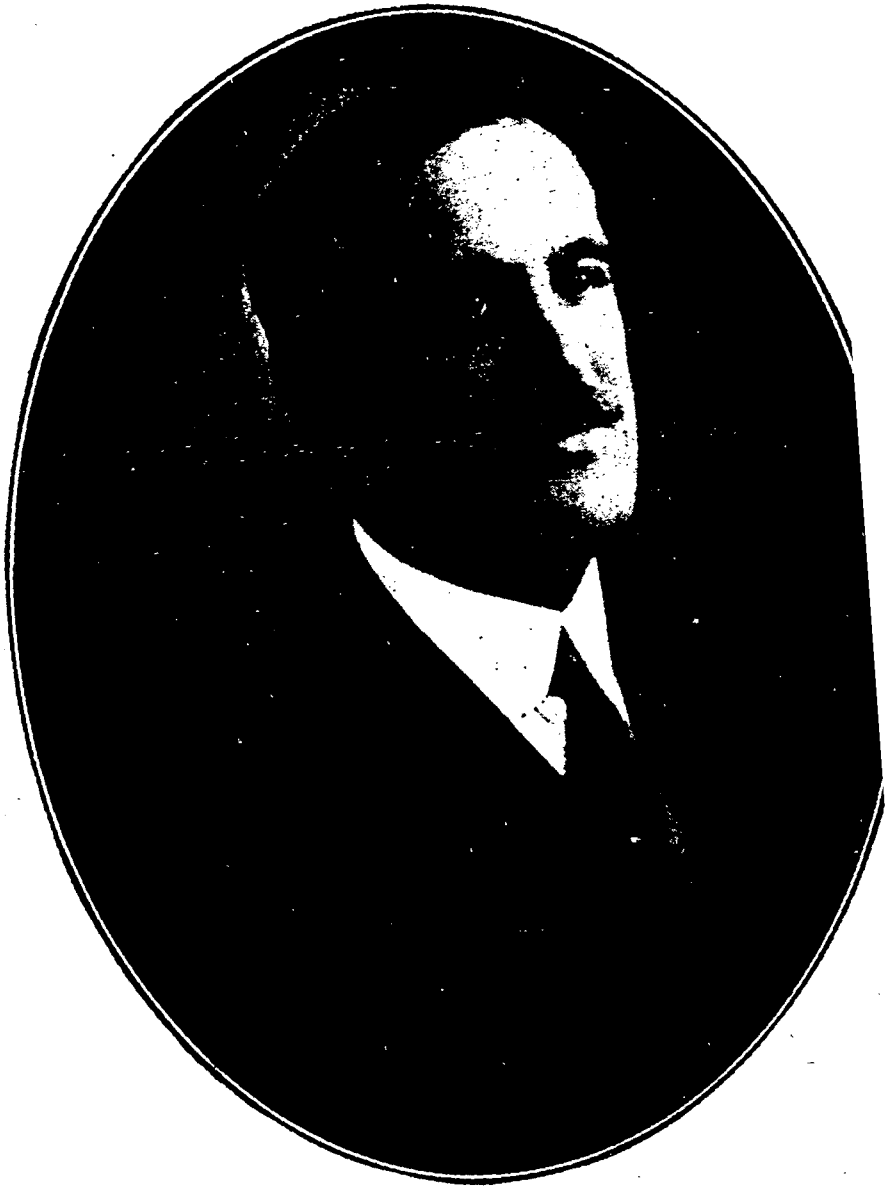
Merecen especial recomendación los versos de Vidal Belo, digno representante de las nuevas ideas en nuestra literatura, y cuyo numen original y elevado sólo podrán comprender los espíritus selectos, despreocupados de todo fanatismo y de toda tendencia de escuela, los espíritus nutridos con la nueva luz que marca los rumbos de la poesía moderna y los señala a los campeones que se sienten con energías para seguirlos.

Vidal Belo es, en nuestro concepto, un poeta de ideas propias y de exquisita inspiración, cuya personalidad literaria se destaca en primera línea, haciéndose digna del más alto aprecio, por parte de los entendedores.

"Pontifical" no es ciertamente para que la lean aquellos a quienes no empalaga jamás el caramelo de la rima y creen que la poesía consiste en decir siempre vaciedades envueltas en consonantes. Es un himno al Decadentismo, en cuyo templo hace oficiar el autor a sus grandes sacerdotes, mientras los altos campanarios de la fama vocean el Carnaval triunfante de sus pascuas primaverales.

Julio Herrera y Reissig.

1899.



TORIBIO VIDAL BELO

CAEN LAS HOJAS...

I

Caen los líricos caireles,
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esme-
[ralda,
Los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
Las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.
Llueven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,
De corolas afelpadas, de liliales flores muertas!
Llueven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela.

II

Exquisitas manos suaves con sus guantes acarician
La lujosa empuñadura de las dagas merovingias,
De los ricos nacarados estiletos de los Borgias,
Exquisitas suaves manos asesinan a las hojas,
Asesinan los pimpollos corazones amatistas:
Y los pajes se engalanan y perfuman las vitrinas
De floridos filamentos, de campánulas de seda,
De pompones de amapolas y bouquets de crisantemas.

III

En las salas del palacio y en el parque de cristales
Galantean las marquesas empolvadas de diamantes
Y los duques reverencian a las rubias cortesanas—
Blasonados figurines de condal peluca blanca—
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!...
Y al amor de los balances de los finos contrabajos,
De los dulces mandolinos, de las harpas, de las violas,
Bailan rítmicas parejas al compás de las gavotas.

IV

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras...
¡El otoño es en las flores!

Bajo el sol de las glorietas
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada
[terracota!

1899.

Vidal Belo, el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata, cuyos gorjeos se deben escuchar en el recogimiento místico del alma, y cuyo plumaje sólo se deja ver a los que poseen el ojo subjetivo, se presenta esta vez con una poesía de ritmo, de ritmo, en efecto, de ritmo de hojas que caen y de alas que se recogen en el nido. Su inspiración nostálgica nos la revela tal como es tratándolo, y la lectura de sus poesías os causará, queridos lectores, la impresión de un triste otoño en un parque de rey a lo Luis XV. Mientras el hada de la estación de la muerte arranca con sus pálidos dedos sus verdores a los árboles que tiritan de melancolía; mientras las últimas flores dejan caer sus pétalos como lágrimas perfumadas, allá, en el salón tibio e impregnado de esencias voluptuosas, cortesanas y cortesanos reciben la caricia de Venus. La ráfaga primaveral del amor pasa sobre ellos, y dos estatuas de rosada terracota simbolizan la eterna florescencia de la naturaleza humana, abrazándose en medio de un cementerio de hermosos despojos que profana sacrílegamente el viento ebrio del Otoño.

1899. **Julio Herrera y Reissig.**

RIMAS

Tus labios son más rojos y más frescos
que las flores abiertas
en los granados, cuando tras los montes
las mañanitas claras se despiertan.

Como tu voz, no arrullan
las calandrias pequeñas;
ni tienen la dulzura de tus cantos
los murmullos del mar y de las selvas...

. . . . . .

Pero más negro que tus ojos negros,
mucho más que tus trenzas,
¿quieres saber si hay algo?... mis dolores
y el alma que tú llevas.

1896.

—¿Qué tienes, corazón, que así me dueles
y palpitas sediento?
¿Qué tienes, corazón? No me acongojes
hiriéndome en el pecho.

Nunca temblar te vi frente al peligro
y hoy te muestras cobarde y sientes miedo.

—Es que esos ojos que me están mirando
son de aquella mujer de aquellos besos.

1896.

SIN TITULO

Guardianas de mis secretos,
hojas de mi enredadera
que vi treparse curiosas
hasta el borde de mi reja;
tostadas, hoy, por los soles,
pálidas y amarillentas,
las ondinas del arroyo
lejos... muy lejos... os llevan...
Mas ¡ay! que el mar de mis lágrimas
aunque de correr no deja,
jamás quiere arrebatarme
tantas ilusiones muertas
que en el abismo del alma
llevo como flores secas!...

Van abriendo sus pupilas
las estrellitas del cielo
cuando la noche camina,
cuando la tarde ya ha muerto.
Los celos, las negras penas
así nacen en mi pecho
cuando tu ventana cierras,
cuando tus ojos no veo.

Piensa cuando muerta veas
la ilusión de tus amores,
que hay espinas en las flores,
que abismos hay en el mar,
que hasta la dicha más pura
amargas lágrimas tiene...
que siempre la noche viene
cuando la tarde se va...

1896.

SOLEDAD

Han pasado los soles del estío:
las blancas campanillas,
esparcidas al pie de mi ventana,
se han tornado muy pálidas y frías.

Los jazmines y lirios ya murieron
replegando sus hojas enfermizas:
al trébol y al tomillo marchitados
yo los he visto junto al rancho en ruinas.

Yo he visto sobre el polvo del camino
a los mburucuyás y margaritas,
con sus frentes heladas y en las aguas
cadáveres de flores amarillas...

. . . . . .

Hay tristezas en los álamos desnudos,
y de sus ramas rígidas
el cierzo lleva las hojitas últimas
con su mano asesina.

Y encuentro triste el suspirar del viento,
las tardes muy sombrías,
y el largo agonizar de los crepúsculos
muy semejante a las desdichas mías.

A mi reja no llama con sus alas
la parda golondrina;
ni me avisa que el alba ha despuntado
detrás de la cuchilla.

Ya no escucho sus ayes, ni sus quejas,
ni el golpear en mi verde celosía,
ni las veo cruzar sobre las lomas
entonando su loca gritería.

Ellas, las tiernas, dulces compañeras,
las aves peregrinas,
huyeron ¡ay! de mi pajizo techo
llevándose mis ratos de alegría.

Una tarde... el crepúsculo expiraba
y al beso de la luz tierna, indecisa,
allá desde las nubes somnolientas
me mandaron su adiós de despedida.

Abril las vió sobre la negra selva
alzar su vuelo; pobres fugitivas!
quién sabe si mañana retornando
de los lejanos climas,

encontrarán el nido que dejaron
en estas playas dulces y tranquilas!
Quién sabe si a su vuelta el viejo alero
les presta abrigo cual ayer solía!

. . . . . .

Y entonces gemirán cual en la noche
huérfana mi lira,
como se llora una esperanza muerta,
como se llora una ilusión perdida.

1897.

¡OLVIDADA!

Tengo allá en el abismo del alma,
donde forja su nido la idea,
una lira tan sola y callada
que no hay soplo que aliente sus cuerdas.

Son sus horas eternas, muy largas:
los recuerdos se duermen en ella
sin que logre escuchar un quejido
ni haya oído jamás sus cadencias.

Es que espera una mano de fuego
que le arranque la nota primera
y los ritmos nacieran entonces
como densa cascada de perlas.

No ha venido la pálida virgen
ni brillado la nítida estrella
que templara al calor de sus besos
el harmónico son de la endecha.

. . . . . .

. . . . . .

Y entre el polvo que agrupan los años
y las tristes sonrisas que dejan,
va quedando olvidada mi lira
como estrofa de un muerto poema.

1896.

NOCHE BLANCA

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidermis del lago,
bogan cándidas góndolas, diáfanas,
mientras cantan los castos violines
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas;
y a los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza:

" ¡Oh la luz de mis lunas nupciales
" en amor de los lirios deseadas!
" Carne tibia de azahares y nardos
" aromada en las mirras de Arabia!

" Quiero arder en tus labios de hostias
" y encenderme en tus líricas ánforas,
" y en tu lluvia de polvos de espejos
" consumirme en neblinas opacas.

" ¡Oh eucarística sangre de cirios!
" ¡Oh la angélica albura soñada!
" ¿No podrán descansar mis promesas
" hamacando en tu seno sus ansias?"

. . . . . .
. . . . . .

Y en la misa orquestal de la noche,
llora y ríe la gris serenata:
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas.

1900.

LA ÚLTIMA PAGINA

(En un álbum)

Y al mirarla me dijo quejosa: "Ven a mí, tú que tienes un alma infiltrada de amables ensueños! ¡Yo quisiera que tú me adoraras!

Yo quisiera tener de tu rica joyería de estrofas galanas, la más regia diadema de versos que tus manos de artista engarzaran,

Yo quisiera vivir de tu vida la hora rosa, ¡oh ven tú si me amas! soñador de un soñado imposible—a cantar tu liturgia sagrada,

Soy la sola a quien todos desprecian, la sufrida en quien nadie repara, la olvidada de siempre, la oculta a quien nadie se atreve a llenarla,

Pon la luz del azul de tus cielos, en mi trágico y gris panorama ¡tú que sabes la ciencia divina del rimar con amor tus palabras!

Soy la buena, la amable, la dulce Cenicienta entre todas las páginas. Soy la hermana mayor, la guardiana de las otras hermanas del álbum.

Perfúmame de amor y recuerdo,—ya que muero de amor olvidada,—¡trovador de esta fiesta galante, que sabéis del querer de esta página!"

Y busqué en mis jardines de ensueño la flor lys que pudiera adornarla; y no hallé en mi jardín inviolado, la flor lys que es blasón en mi heráldica.

Y al mirarla mirarme quejosa, sin poder ofrendar esta página, yo os invoco ¡oh la dueña dichosa del álbum galante, que es un fiel guardador de recuerdos! Dadle vos esa flor de cariño a esta última página blanca.

1907.

LA CANCIÓN DEL ETERNO DESGANO

(*Decoración*). — En el boudoir amatista de seda y de terciopelo—vaga y zumba un agorero presentimiento de olvidos.

Cabe el tic-tac sugestivo—del viejo reloj del Tedio—bosteza nuestro intranquilo desasosiego amoroso—y pausadamente expira la hora de un largo fastidio!...

din... dón... din dón... din dán!

Ninón—toda acurrucada en su lecho de edredones—llora a pequeños gemidos nuestro mutuo aburrimiento...

Y se escucha bajo el arco ojival de la ventana—monotonizar las ranas sus parcas melancolías

Clú clú... din... dón
Clú clú... din... dán

Duerme y ronca—nuestra gata—su felino y taimado sueño de la madrugada—mientras yo velo tu sueño cantando en verso las quejas del desgano y del fastidio...

La canción del eterno fastidio
clú clú
es la más que sabida canción
din... dón...
la que pronto se aprende y más nunca se olvida...
¡sábelo, tú, mi Ninón!
La canción del desgano es la mía
clú... clú...
y la mía será del azar
din dán

si al azar de cantar mi desgano,
al azar no lo llego a olvidar...
¡sábelo, tú, mi Ninón!
Duerme y sueña que yo sueño y velo
clú... clú...
que más vale dormir que velar
din... dán...
que en el sueño se goza la vida
sin llorar el fastidio de amar
¿lo sabes tú, mi Ninón?
Sueño un sueño sutilmente sueño
clú... clú...
suave y terso como agua de mar
din... dán...
de esos sueños—de seda de cielo—
albos—blancos—arcangelizados
que al amor del arrullo cantado
bajo—quedo—voy de prisa y callando
van los sueños los ojos nublando
velando
apagando
cerrando...
Sábelo, tú, por siempre, oh mi Ninón.

(*Decoración*). — En el florero Luis XV dos dobles begonias inauditamente expiran... Penetra por los vidriales—de variados colores rosa—la pétala luz del alba...—y es tan tibiamente suave—la aurora rosa del día—que parece que en la alcoba—deshilvanara algún hada el plumón de sus abrigos...

Amanece...

1922.

FLOR DE ALBUM

(En el álbum de María Ana B. de Jannssen).

¡Flor de álbum! Simbólica y pura—la más rica en color y en fragancia—¡perdurable que nunca marchita! ¡permanente reliquia en la página! ¡Flor de álbum! bijoú del recuerdo—que las manos amigas engarzan—¡arcangélica flor de ideales con alburas de amor blasonada!

¡Flor de álbum! la siempre la siempre viviente—la exquisita, la eterna, la extraña—misteriosa aromada de ensueños—flor de amor del jardín de las almas!

¡Flor de álbum! que es lirio y que es rosa,—tersa y suave—que es seda y es sueño—azucena aperlada de estrellas con la luz tornasol de las ágatas! Y en su fino rimar mi poeta—ha tentado tejer con palabras un bouquet de estas flores de álbum para ser como un sello en sus páginas....

Y os lo ofrezco ¡que siempre en la vida, él compruebe mi pleito homenaje hacia vos ¡oh la Reina dichosa—coronada con áurea diadema—que reináis en el regio torneó de este fiel guardador de recuerdos!

1923.

APUNTES DE MI LIBRETA

Soñando hemos nacido y aun sin haber despertado, tras una visión corremos. Yo, sonámbulo como todos, me lancé muy temprano a la mar: he nadado rabioso contra el oleaje arqueado, rezongón y espumante, que me asalta y me atropella: me falta que andar mucho todavía y mi cuerpo se ha ya descarnado entre los arrecifes y mi alma se ha empapado en las aguas amargas...

* * *

¿Sabes quiénes son los *felices* de la vida?... Los que hacen del corazón una pasta amoldada a todo cuño; los de conciencia de cera o miga de pan; los hombres que no son *hombres;* esos son los *felices* de la vida... No los busques junto a una cuna de amor velando a un hijo, ni en la cabecera de la desgracia, secando lágrimas: esos cielos azules los aterran, y esos rayos de sol, manchones negros en sus frentes, marcan... ¡Allí, allí están los felices de la vida!... Respiran en las antesalas de un presidente y se encorvan y sonríen y palmotean, y correctamente llevan su frac y sus guantes *blancos*...

* * *

Es temporada de ópera: un amigo me para en medio de la plaza...

—Adiós, che... ¿Cómo te va?... Y... ¿estuviste anoche en Solís?...

—Me fué imposible.

—¡De lo qué te perdiste!... si es una preciosura, hermano... ¡y qué voz!... ¡y qué ojos!... estamos locos con ella... andá luego, no seas zonzo... vas a ver lo que es bueno...

Y como quien tiene mucho que hacer, me da la mano y un hasta luego, y se aleja casi corriendo.

Y yo entonces pienso en la *deseada* cómica y me digo como un filósofo... "Vamos... lo de siempre... ¡pobre actriz! Hoy vales lo que una alhaja de moda: mañana ni como chafalonía te querrán comprar!"...

* * *

El rostro es un lienzo: cada pasión, cada apetito, una mano maestra que colora el cuadro. La cara del asesino tiene algo que aterra: en la de un héroe se ven tintes sublimes... He visto la de un amante enamorado y tan sólo encontré... ¡pinceladas de idiota!...

* * *

El cielo, de noche, me parece un paño negro picado por la polilla y mirado al trasluz.

* * *

Yo sé que para mí guardas los rencores, los altivos desdenes; yo sé que tu carácter áspero y orgulloso, se nutre con lo sumiso de mi amor, y vive dominando como los cóndores andinos lo inmenso de la pampa... ¡Dejo al tiempo la obra de tu regeneración!... Y veré cómo te doblas humillando la frente; y más suave serás que los guijarros pulidos en la corriente rápida del río.

* * *

En mis espaldas crecieron unas alas caudales y subí muy alto: me abracé a una nube y miré a la tierra... No vi blanquear mi casita; ni verdear los campos de la patria; ni el ruido de los hombres, del mar y del pampero llegaban a mi oído... Apenas una sombra dibujaba la América tendida y somnolienta entre mantos de plata... ¡Y yo que me creí tan grande!

1896.

PÁGINA AMIGA

Quiere le regia reina de la fiesta que engalane su altar.

Y yo he buscado, en mi jardín de ensueños luminosos, en mi amado jardín emblanquecido por todas las tristezas, un ramo azul de flores de alegría.

Y yo he buscado entre mis pobres rimas, entre mis viejas arpas olvidadas, versos de miel y músicas de abejas para adornar la página de nácar con enseñas de paz.

Y en el querido huerto de amor de mis ensueños niños y en el rico jardín entristecido y en los nidos de músicas y flores y en mis cielos sin sol, lánguidamente canta el otoño la canción del frío.

Vinieron las traidoras horas malas, los días sin luz vestidos de neblinas, las torturas amargas, la eterna noche y el eterno invierno.

Y llovieron por siempre sobre mi alma, sobre el alma de *spleen* de mi poeta, todos los llantos, todas las angustias, todo el dolor de todos los calvarios.

¡Oh la luz de mis ricas Primaveras! ¡Oh las rosas de sangre de mis sueños! ¡Oh los lirios, los blancos lirios pálidos marchitos al nacer!

Y en los recuerdos grisáceos del camino, los cierzos amontonan las resecas corolas sin color y sin perfume; y mis rosas, mis dobles rosas rojas y mis lirios, mis albos lirios blancos, van corriendo al azar de mi destino llevados por un viento de desgracia.

Y en el místico altar de tus recuerdos y en la angélica página de nácar de la más bella reina de las fiestas, sólo queda el incienso de armonías de la flor de mi llanto y mis tristezas.

DE MIS PROSAS DE TABERNA

Habla en las almas enfermas la voz de una lejana angustia!—Mefistófeles, el Esplin, ríe, canta, llora, baila—riman cosas divinas los divinos locos—los contrabajos suenan a la sordina.

¡Y es en los espíritus y en los corazones una rara noche de honda tristeza!

¡Los sueños ideales agonizan!

Mi Arlequín está ebrio. Mi Arlequín ha bebido todo el vino de su viña... y su boca borracha dice versos nuevos! Colombina tirita bajo su blanco vestido y su negro antifaz—Colombina se muere de miedo y de frío.

Se apagan las pipas de los bebedores: los vasos se enrulan en la espuma rubia—y la vieja taberna rellena de humo es una tumba gris.

Las luces parpadean moribundas de cansancio en las sucias lámparas tristes—en las lámparas, que cuelgan, como lágrimas de luz, de unos ojos llenos de sueño.

Las mesas tan blancas parecen calaveras de Pierrots suicidas.—En las paredes, grandes chorros de sombra bailotean como títeres alegres.

Colombina se ha llevado a mi buen Arlequín, a mi loco divino, a mi divino ebrio.

Como histéricas risas, suenan los ecos de sus cascabeles... Y yo me quedo a solas con mi maldito esplin y mi tristeza.

En los relojes golpean los sátiros la Media Noche! —Ronca el tabernero y una Bruja pinta en los doce barriles, doce puntos negros!.

(*Redoblan los tambores a la funerala; y los contrabajos y los violoncelos rezan a duo un lento miserere*).—La Hora de los enterradores!

¡La Media Noche! (*Caen doce monedas*).—La Hora de Oro de los ladrones celosos y de los raspas embozados!—la Hora de los avaros, de los gatos de ojos de luz, de los lechuzones y de los cuervos hambrientos—la Hora del acecho, de la baja traición solapada!—la Hora de Judas!

¡La Media Noche! (*Llueven gotas de sangre*).—La Hora de las ansias pecaminosas y de los rojos rostros de los asesinos,—la Hora de la baja tentación lasciva, de las almas impuras, la Hora color de acero de las armas que amenazan y de los puñales que brillan! —la Hora de los condenados, de los suicidas, de los callados remordimientos de las cárceles!—¡la Hora de los hospitales!

¡La Media Noche! (*Se oyen músicas de castañuelas y de panderetas y doce cráneos bailan un extraño compás macabro*).—La Hora de los desequilibrios y de los trastornos—la Hora loca de nuestros manicomios—la Hora Ofelia de la idea fija!

¡Doce campanadas! ¡La Media Noche! (*Habla la voz de una lejana angustia y los sueños ideales agonizan*).—Oh! La Hora mala, la Hora maldita de los que sufrimos el dolor de una lenta muerte de ilusiones!—Oh! La Hora negra de las almas errantes, de las almas solas puestas en martirio.—Oh! La Hora amarga de los extraños, de los raros, de los incomprendidos! ¡Hora de blasfemias y de rabias, de odios y de maldiciones!

—¡Eh! ¡Tabernero!... ¡La Media Noche! ¡Despiértate, viejo bandido!... Yo te daré mis versos, que son oro, y mis prosas, que son buen vino, si me matas por siempre mi esplin y mi horrible tristeza!...

1900.

PROSAS PRINCESAS

Era una vez un joven, trovador provenzal que así ofrecía el perfume de amor de sus ideas:

En un *boudoir* mimoso, pequeño y coquetón, todo vedado bajo el beso de luz de unos vidriales de luz rosa, muy rosa, color de encía: un último *boudoir*, amablemente perfumado de citas cortesanas: se presienten las genuflexiones, los saludos y los galanteos: cabrillea en los espejos la época de los trianones: hay músicas de pavanas, de gavotas y de besos, de besos galanteadores, golosos besos que quieren comer las manos de azúcar de una reina de Versalles: la mujer es una alhaja merovingia conservada a través de los años en un edredón de rosas, de lilas y de lirios, de lirios cristalizados: divanes, almohadones, consolas y puntillas y encajes y batistas, y en la falda pecadora de las hembras empolvadas la música perezosa de un frou-frou de raso y seda: vitrinas llenas de sátiros, de faunos, de miniaturas donde brillan las reliquias y el marfil amarillea: viejas mascotas antiguas, bibelots, hostias de Sèvres, estatuitas japonesas y mil chiches recordando las viejas antigüedades: amplios jarrones de mica, de laca y de porcelana, y en los jarrones liliáceas, anémonas, crisantemos, tulipanes. alelíes, nenúfares y narcisos: los punzó carbones rojos decrepitan y la estufa es una herida y el

boudoir una tibieza, y esquelas y tarjetas y perfumes, y en las sedas, los visos, las enaguas, los blancos dedos abiertos de una grande flor de lis... y en el cielo atardece el crepúsculo de un sueño aterciopelado.

Y a la luz tenue de los castos vidriales del *boudoir*, así ofrecía un joven trovador de la Provenza el exquisito amor de sus ideas:

Yo rimaré, Marquesa, cuatro prosas, cuatro divinas prosas, en vuestros abanicos medioevales. Vos sois, ¡oh mi señora!, la más lujosa reina de mis fiestas, la más encantadora flor de lujuria de los jardines abandonados a mis otoños. En vuestros cuatro abanicos hechos de miel y músicas de abejas, yo pintaré mis cuatro más cinceladas prosas princesas. Mi pluma es de las plumas de aquel cisne sabio de Leda, que tan graciosamente supo besar la boca de la Diosa: la tinta con que escribo es de las tintas cárdeno-violeta, color de las profundas ojeras que el amor puso en los párpados de Mme. Pompadour: mi compás es el ritmo de mis glóbulos rojos: tengo el vigor de las ramas que reverdecen y en mis versos, señora, no busquéis sino amor, ese amor sabio, refinado y buscón que hace crispar la entraña y hormiguear la epidermis.

Mis rimas de color, mis rimas jóvenes arcangelizarán vuestros sensuales rojos abanicos: sus rasos lilas, rasos de la Persia, verán lánguidamente resucitar el salmo de Afrodita: en los envarillados de mosaico hechos de amor, de sándalo y de rosa, mis dedos adiestrados sabrán entretejer mil cosas raras: yo hablo en las almas y hablo en los labios de los curiosos: soy la voz blanca de los recuerdos que habla en las ruinas de los jardines, en los estanques de los castillos, en los viejos parques, en las gavotas de los blasones y en los maitines de las capillas.

Mientras yo ritmo cuatro prosas locas servidme,

¡oh mi señora!, servidme vuestros besos de amor amarquesados, carcajead el placer, reid la locura, orfelizad la vida... que así, comiéndonos las bocas y masticando pétalos de besos, sabremos mejor rimar la estrofa del Dios Emperador, señor y amo del gran país de los versos azules.

Yo soy un estatuario, burilador de formas, artista miguelangélico, camafeador de heráldicas princesas.

Bajo mi mano de viejo catador, relampaguea el verbo todo luz de una promesa: mi cincel esculpe como Dios y se siente capaz de cincelar una estrella.

Junto a mí, tu trovador amante, presenciarás, marquesa, el santo transformismo de tus carnes, tus carnes impacientes de un placer que vuestro buen marqués no supo darles...

1900.

CARLOS MARIA HERRERA

(A su memoria).

Rimador de colores—poeta de la luz—con tu gran alma abierta a la avidez eterna...

Trovador inspirado por la eterna harmonía—de la nube, del mar, de la estrella y las lunas...

Soñador visionario de una selva dantesca—que poblaste tu sien de conjuros extraños...

Amador de un sin par panorama distante—que embriagabas tus ojos en los tersos paisajes...

Alma ansiosa de sol, alma ansiosa de cielo...

Sobre tu tumba flote un gran celaje azul, un gran nimbo de gloria...

Sobre tu tumba abra un arco-iris de paz—la augusta majestad de su gama luciente...

Que la aurora que amaste—eucarísticamente—te dé de sí la luz de sus albas policromas—y su hora rosa sea para ti sacrosanta...

Que un crepúsculo incierto—opalescente y raro—en su media penumbra de esfumados colores—haga de su oriflama una aureola de eternos, de inmortales matices—circundando el anhelo espiritual de tus ansias...

Que tu alma ya libre de esta baja miseria—desprendida al dolor de la tierra enemiga—que fué para ti hosca—que fué para ti torva—implacable y sañuda—se interne en la tranquila beatitud de la gloria...

Que en tu ascensión eterna—perpetuamente bella—florezcan a tu paso los jardines celestes—Rimador de colores—Trovador inspirado—Soñador visionario—Amador de un sin par panorama distante...

1914.

SOBRE EL TANGO CRIOLLO

Apuntes para un estudio

Creo haber leído la casi totalidad de lo mucho que se ha escrito respecto del baile el tango; y tengo para mí que, en muy pocos artículos o en ninguno, se trata el asunto con la cruel y ruda verdad que es exigible en éste como en todos los casos en que se abordan temas de alguna trascendencia social. Tanto borronear carillas, tanto opinar, tanto discutir y tanto dar, hasta conferencias en la Sorbona, sobre el tan zarandeado tango y, al fin y al cabo, casi la gran mayoría de los que hasta ahora se han ocupado de este tema ni siquiera han sabido—si es que no han querido—plantear la cuestión en sus verdaderos, reales y pre-

cisos términos. ¿Fué por rubor o pundonor social o por simple ignorancia!... Por una y otra cosa quizás... El tango en sí mismo es una pieza de baile, más bien dicho, una pieza bailable como otra cualquiera, como lo es la mazurca, la polka, el vals, etc. Tocada una pieza de tango en una reunión social, pudiera bailarse en la forma, decentemente convencional, en que se bailan las demás piezas, sujetas a esos modismos o amaneramientos que, desde antaño, son de práctica en la escuela de baile de nuestros salones. Nada se opone a ello, pues como pieza de baile, el tango tiene un familiar compás cadencioso, muy adaptable a la usanza actual y hasta fácil y trivial de dominar por cualquiera que sepa de bailes. Mirado y examinado el tango, desde este punto de vista, debe decirse que no existe reparo alguno para que, franca y lealmente, se le admita en sociedad, sin distingos ni reticencias de ningún género.

Pero es el caso que el tango, lo mismo que las demás piezas de baile, puede bailarse en una forma bien distinta de la que se acostumbra bailar en nuestra sociedad. Esa forma, esa manera, ese estilo "modernista" de baile, no es otra cosa que el conocido estilo denominado "baile con corte", ni más ni menos.

No es, pues, la cuestión que se plantea mera cuestión de diferenciación respecto de piezas de bailes, sino de estilo de baile. No debe de atacarse o defenderse el tango—porque para el caso lo mismo es la mazurca o el vals—sino la manera o modo de bailarse; de lo contrario, haríamos del tango la "cabeza de turco", injusta e hipócritamente. Hablando en plata, no es el tango lo que se trata de introducir en nuestras costumbres sociales de salón, sino lisa y llanamente el "baile con corte". Esta es la pura verdad. Abajo el antifaz y seamos francos. Y siendo, como es, así, corresponde preguntar si es cuerdo, decente y

sensato abrir o cerrar al "baile con corte" la entrada de nuestros salones. Vamos al caso.

Los "dandys ultravioletas", como los llamaba Pereda, y las damiselas de "pudorosas" polleritas rayos X son las que, a fuer de querer dar siempre la nota álgida, han pretendido despampanar los clasicismos de las viejas costumbres sociales exhibiendo, ostentando y prestigiando el "baile con corte", como si fuera un rito novedoso de elegante, aristocrático y moderno snobismo. ¡Qué manera de hacer comulgar con ruedas de molino a las incautas!... Al respecto voy a permitirme transcribir unas páginas sueltas, escritas por mí en un tiempo asaz lejano, que de tan lejano me apena recordar... Su lectura podrá, quizás, impresionar a algún espíritu joven, propicio a admitir sin escrúpulo previo el avance desmedido de esas modalidades sociales que, de rondón, se cuelan en nuestros salones, sin que la Introductora de Embajadores, la Decencia, se detenga un momento a examinarlas.

El estilo de baile, de "baile con corte", lejos de ser moderno, es más viejo que toda esa cáfila de cursilerías, ya dejadas, que hace unos años constituyeron la novedad de nuestros salones, como el skating, el roman dance, la polka militar, etc. Y si nada tiene de moderno, tampoco nada tiene de extranjero, por más que París y Londres quieran darle un estado civil de hijo adoptivo. El "baile con corte" es nuestro, genuinamente nuestro, de nuestro suelo, nacido y amamantado aquí. Sea o no sea feo el confesarlo, es de pura cepa criolla. Tiene color de guindado y gusto a caña con guaco....

Remontándonos a sus primeros orígenes, en el confuso proceso de su rara creación, se pudiera quizás encontrarle su primera cuna en el quiebro y meneo coquetón de nuestros gauchos taitas, acicalados, mujeriegos, pausados y compadrones en su felino an-

dar acompasado. Pero donde el "baile con corte" nace a la vida bien definido y bien determinado, bajo la denominación de "baile con corte y quebrada", es en el arrabal, en el ambiente del compadre, en las "academias" orilleras y en los bailongos taitas de candil, de los barrios bajos, desde la Aduana a Palermo. En esos lugares se ofició el "baile con corte" como si fuera una religión de alguna secta carbonaria, con un sigilo recatado, algo criminoso, únicamente permitido a los iniciados en las prácticas lunfardas de aquel medio de crápulas de vida airada. Sin necesidad de copiar de otros ambientes, nuestro medio primitivo daba ya a luz, por sí solo, cierta calidad de tipos y determinada esfera de costumbres... La raza misma y hasta la sangre de la raza contribuían eficazmente a hacer más contagioso este estado de cosas. Y así fué como, poco a poco, llegaron hasta los umbrales de los templos muchos de nuestros muchachos, deseosos de paladear corajudamente las sensaciones extrañas de aquellos antros de sensualidad y de camorra, veladas hasta entonces a la mozada bien de la ciudad. Desafiada y peleada, vez a vez, en un principio, muy pronto se impuso respeto, en forma tal, que hasta muchos de sus modales, sus gustos y sus costumbres, fueron paulatinamente variando la primitiva aspereza del ambiente. El baile demasiado quebrachón y movido, de punta y talón, descaderado, meneado de cintura hasta la exageración, bailado antes de entonces, fué de las primeras cosas influenciadas por las modalidades de la muchachada que tomaba de sorpresa y por asalto el arrabal. El "baile con corte" toma desde ya su estilo propio, personal, distinto, único y diferente de todo otro estilo de baile. Prohibidos los bailes públicos, cerradas las "academias" y, sobre todo "Solís y Gloria", el "baile con corte" no pierde por ello un ápice de su prestigio. Al contrario: su culto progresa y cada día consigue más

adeptos, recluído y vedado a las miradas del público grueso. Como las vestales romanas salvaron un día los fuegos sagrados de la devastadora rapiña de los bárbaros transportando los pebeteros de oro hasta la cima de las colinas sagradas, así los iniciados en los misterios de la danza de los bajos fondos, salvaron el momento, llevando sus ritualidades compadres a lugares más cautelosos y ocultos. Al salón público sucedió el pequeño cenáculo. Se fundaron entonces los "cootorros" — casitas de muchachos solteros—donde el "baile con corte" se refugió con todos sus prestigios, a base de una sociedad de amigos en comandita, que cotizaban a escote sus farras nocturnas de puro baile corrido hasta la madrugada, como la denominada "De los Pies Chicos", la conocida por "El Peine", la mentada de "Los Budines", etc. Y en esos pequeños cenáculos se hacía verdadera escuela de baile en toda su más completa graduación, sometiéndose a los neófitos a un aprendizaje laborioso, paciente y rudamente constante, hasta la titulación definitiva que los consagrase como buenos bailarines. Con este título, un poco de garbo y de coraje, bastaban para personalizar a un conquistador de "rompe y raja", pues la mujer, ante esas condiciones, se sometía incondicionalmente al dominio esclavizador de "su hombre".

Los movimientos pasionales y los instintos de raza que entretejían el ambiente social de estas agrupaciones de "zánganos de la colmena", dedicados únicamente a la eterna "garufa", algo más suavizados y menos violentos en sus múltiples manifestaciones, eran en el fondo, casi casi, los mismos que en otro tiempo impulsaban las bataholas de los taitas primitivos de ondita sobre la frente y chambergo "ladiao": la posesión y el dominio absoluto de la mujer, en primer término, y como consecuencia inevitable, el celo martirizador, que ultraja, que pega y que hasta apu-

ñalea: la ostentación y el prurito de la conquista, que determina una provocación peleadora por una sola mirada, por un pisotón o por un roce descuidado al pasar, etc., etc. De todo este proceso de cosas y de personas, de esta amalgama de pasiones y de medios, de educaciones, de instintos y de costumbres está formado en su esencia misma el estilo del baile llamado "baile con corte", como el baile denominado de los "apaches" tiene en sí mismo toda la sustancialidad crapulosa de la rufiana explotación de los "souteneurs". El "baile con corte" consiste en una manera especial de "pasear" el compás y que, una vez aprendida y dominada, hace que se bailen todos los bailes siempre con el igual y mismo estilo, dentro del cual se admiten variadas y vistosas figuras, como "la corrida", "la media luna", etc. La técnica no es mayormente difícil. La mayor dificultad se experimenta al tenerse que compenetrar el aprendiz de la "clave" del nuevo estilo de baile que se le enseña, muy distinto del que hasta entonces se conocía en sociedad, tal como un idioma se diferencia de otro o, si se quiere, como se diferencia el dialecto de la lengua...

Pero estas dificultades fácilmente se subsanan por el neófito porque, si algo tiene de particular este estilo de baile, es, precisamente, el placer incalificable que se siente al poder paladear algunos de sus pasos, lo que hace que el discípulo sobrelleve complaciente y gozoso todos los contratiempos de la ruda labor instructiva. Las reglas que determinan los movimientos y las figuras de esta clase de baile son tan inflexibles, tan únicas, tan invariables, que siempre y en todos los casos a nadie es dado modificarlas. Tiene para los iniciados la severidad de un lenguaje sagrado, sujeto a un diccionario de hierro, donde no es posible admitir la inserción de un solo vocablo nuevo. Los cenáculos donde se hace el aprendizaje del "baile con corte" podrán ser cien y ser de distintas comanditas sociales; pero fatalmente, infaliblemente, en todos ellos se enseña un mismo y único baile, al igual en todas y cada una de sus figuras, pasos y movimiento. Esta inmutabilidad de esfinge es una de las características esenciales, principalísima y diferencial del "baile con corte". Así es que puede observarse que, en los bailes públicos, ahora permitidos sólo en Carnaval, en los de Solís, Urquiza, etc., todas las parejas que giran en la sala, absolutamente todas, ejecutan rigurosamente los mismos pasos y las mismas figuras, no obstante no existir entre ellas ninguna relación, ni vínculo amistoso. De esto resulta que, a la vista, se destaca un conjunto armónico, uniforme, encantadoramente concordante, particularidad que no se consigue apreciar nunca en el baile de sociedad, cuyo conjunto resulta siempre discordante, desparejo, irregular y entreverado. Pero si desde estos puntos de vista el "baile con corte" tiene con el estilo de baile de sociedad diferenciaciones principalísimas, éstas se acentúan aún más todavía si se le examina y analiza como un baile de temperamento, pasional, erótico en alto grado, intrínsecamente sensual en sus modalidades y sobre todo, en el instinto carnal que lo motiva, lo inspira y lo sacude con los espasmos de un sortilegio maléfico. Obsérvese para ello el aspecto de una sala de "baile con corte" en su conjunto y en cada uno de sus componentes. Desde que la pareja se para, dispuesta a romper el compás, netamente se perfila con relieves propios la intención que la mueve y la inspira. De pie, rectos, juntos, en contacto completo, hombre y mujer parecen como confabulados en el propósito de fundirse en ellos mismos. La acción y el movimiento semejan, siendo dos, tan solo uno, único y parejo. Como si fuera un raro ser enigmático, indescifrable, taumaturgo, la pareja de bailarines avanza, gira, se desliza por la sala en un prolijo y raudo juego de piernas con la serena armonía de un cisne

sobre el agua de un lago. Durante el desenvolvimiento de la complicada tela de figuras no debe haber ni ninguna rudeza, ni ninguna vacilación, ni ningún desconcierto. Todo es suave, fluido, concordante, sereno, mesurado. Los mismos bailarines, en su aspecto, armonizan fielmente con este motivo esencialísimo del cuadro. Hay en todos ellos una severidad hierática, inmutable, casi de esfinge. Se percibe en sus actitudes una reconcentración espiritual, en alto grado, como si todas las facultades, aguijoneadas por una idea fija, se unieran para la ejecución de un acto de refinamiento supinamente intensivo. Pero, por sobre todo esto, bulle, palpita, se engendra, germina, reverbera una suprema sensualidad pecaminosa, melancólicamente sugestiva, porque si triste es la risa de la raza, más hondamente triste es el gesto de su lascivia criolla, azuzada por el vaho del baile y la bebida. El hombre abraza a la mujer, posando sobre su espalda la mano plana y abierta, que oprime sin dureza y que sin brusquedad imprime la dirección del movimiento, siendo la guía del giro, del avance o del retroceso en todos los momentos del baile, porque esa mano, en su leve contacto, trasmite, como una orden oculta, el mandato imperioso de un déspota de amor, tiranizador y dominante. Por su parte, la mujer se entrega desde un principio, a la atrayente hipnotización del momento, abandonándose, como una esclava fiel al amo que la dirige. Suspendiendo su brazo del hombro de su contrario, se da a él, obediente y sumisa, con cierta docilidad salvaje de leona sometida bajo la garra de su "rey del desierto". Entre estos dos, hombre y mujer, emerge entonces el prurito de sensualidad electrizante. Como la rodaja de la espuela azuza la fiereza del bruto, que se da a la carrera, enloquecido y ciego, campo afuera, el acicate punzador de un instinto sexual, rebelde y lujurioso, crispa, aviva, retuerce y muerde la lasciva ansia carnal de cada uno.

En la aparente serenidad del movimiento hay invitación, conquista, sumisión, entrega, en una posesión indefinida y difusa. Las miradas fijas entre sí se velan complacidas. Se nota como una larga y continua fatiga que suspira, con una melancólica sensualidad que se deslíe como un aroma de perfumes de algún filtro maléfico que se derramara. Evóquese el pasado de la leyenda que Venus, descendiendo de su trono de rosas y de sándalo, se bajara a volcar, a manos llenas, sobre sus cortesanos, las esencias de almizcle y cinamomo de sus sagradas ánforas de oro, rebosantes de néctares afrodisíacos... Un último compás de baile pone su punto final a este incompleto holocausto lascivo. Hasta en la nota terminal de la música cabrillea el estremecimiento afiebrado de un espasmo. Queda en la sala el silencio augusto de haberse consumado una supina evocación pecaminosa. Y el triunfo soberano de la carne irradia como un sol naciente en las pupilas inyectadas de sangre. Y se adivina en la lánguida sequedad de los labios la pesarosa intranquilidad de un deseo eternamente insaciable... Y Báco ríe, ríe, ríe con su risa macabra...

Todas estas modalidades del "baile con corte" son la más pura verdad. Vistas a través de mi temperamento, más o menos imaginativo, no cambian por ello la crudeza de su propio y esencial realismo. Tengo la convicción de que, todos los que me lean y conozcan y sepan por observación o experiencia del medio ambiente social de nuestro criollismo "lunfardo", estarán conformes, en el fondo, con mi manera de ver estas cosas, de apreciarlas y decirlas, sin ambajes, en sus verdaderos términos. Seamos francos, leales y sinceros al respecto, pues como lo expresé al principio, no es dado de andar con hipocresías y con jesuitismos tratándose, como se trata en este caso, de

abordar y dilucidar un tema cuya solución afecta directamente a la moralidad de nuestra sociedad, puesta en juego. En bien de ella y de nuestras costumbres, todavía discretas, recatadas y pudorosas, debemos llamar al pan, pan, y al vino, vino, ya que en este asunto se pretende falsear los hechos, o por ignorancia supina, o por una manifiesta y perversa mala fe. No es, sin embargo, de temerse mayormente a los que tan sólo opinan, sino a aquellos que, dándoselas de "*arbitrus eleganciarum*", instan por introducir semejantes maneras de baile en nuestros salones, a donde concurren expresamente para dar la nota novedosa y despampanante de ponerse a "firuletear", en plena sala, un puro "baile con corte".

Yo no tengo reparo alguno en declarar que siento por el estilo del "baile con corte" una atracción hipnotizante. Me atrae, me seduce, me marea. Lo compenetro con todo mi temperamento... Pero de ahí a que lo admita como baile de sociedad, hay un abismo insalvable. Por la misma razón que lo comprendo y lo gusto, por la misma lo ataco y rechazo en sociedad. Toda persona bien intencionada tiene forzosamente que acompañarme en mis radicalismos ultramontanos, bregando porque no prospere ni fructifique un injerto semejante en nuestras costumbres sociales. No creo ser ni melindroso ni hipócrita. Todos debemos defender de todas maneras la decencia social, aunque ésta sea todo lo convencionalista que se quiera. Entiendo, que la sociedad, rechazando, como de seguro rechazará, las fórmulas novedosas y noveleras que se quieren colar, como de rondón, obrará en uso de su derecho de conservación y, sobre todo, en legítima defensa. Correspondería en este caso, llamar hipócritas y tartufos, no a nosotros los opositores, sino a los que, con gestos de mojigatez, sonriendo con mentida inocencia, con modales de seminaristas, solapada y cobardemente, aprovechando, como se dice,

la "bolada", pretenden dárselas de "linces" y de "muchachos piedras", sorprendiendo la buena fe de las gentes, que ellos llaman de aldea...

¡Abajo el antifaz y seamos francos!...

1914.

DOS PÁGINAS ÍNTIMAS

En una hora armoniosa de mi vida

¡Hijo mío!... ¡Hijo nuestro!... ¡Hijo del alma!... ¡De nuestro santo amor hijo querido!... ¡entraña nuestra!... ¡idolatrada carne de cariño!... Sol de alegría!... ¡Rey de nuestra casa!... Sea para ti todo lo más preciado que haya en nosotros... nuestro amor... nuestra bondad... nuestra increíble aspiración de vida perdurable...

¡Bienvenido!... ¡Mil veces bienvenido!...

Tan grandes como el mar—inmensas como el cielo—nuestras almas gemelas se han sentido unidas fuertemente por siempre y para siempre en la indecible, fervorosa emoción de tus primeras lágrimas...

La rosa de tu carne es del color de nuestros tejidos sueños de gloriosas ilusiones amorosas... ¡qué hermoso eres—corazón adorable—vida de la vida—con tus dos grandes ojazos color de cielo—abiertos como dos alas de ángel sobre nuestras dos almas hermanas...

¡Cómo es suprema, religiosa, infinita la hora feliz de tu llegada!...

¡Cómo es grandiosa la increíble realidad de tenerte, de verte ser, de sentirte nuestro de nuestra carne, de mirarte, de verte, de adorarte como la consagración de nuestros juramentos de amor y de cariño!...

¡Qué entrañable felicidad la que ha querido llegar a nuestro hogar!

¡Cuánta y cuánta alegría en nuestros corazones—hijo esperado—ilusionado—y deseado—vehementemente amado en la incesante idea de tenerte!... Y tú que eres hermoso como un fruto de amor... y tú que eres lindo como un lirio abierto... y tú que eres lleno de alegría, de luz y de sol... que como una rosa de primavera, hueles a felicidad y a gloria... sé bueno, sé santo, sé lleno de bondad, de hombría de bien, de amor a tus padres, al prójimo y a ti mismo... ¡Ama, ama mucho, ama sobre todo!... ¡Abre siempre tu alma al amor grande, sincero, constante, desinteresado y sano...

¡Sé el varón fuerte, digno, valeroso, intachable!... ¡Hijo mío, hijo nuestro, hijo del alma!...

1911.

Página escrita en un libro diario, con motivo del nacimiento de su primer hijo.

Hossanna!

Gloria in excelsis Dei et in terra pax hominibus bone voluntatis...

¡Bienaventurada seas, también tú!... ¡Bienvenida y bien llegada, hija del alma!... ¡Alegría, alborozo, gloria del hogar!...

Nuestros tres corazones te brindan desde ya, desde este instante, todo su amor por siempre y para siempre... Refundimos todas nuestras almas en una única y sola—eterna y perdurablemente entrañable.... Nos damos todos a todos desde hoy, jurándonos amor por nuestras propias vidas...

Eres de cada uno y de todos y todos somos tuyos y de todos los cuatro...

Pura como las azucenas—límpida como los astros—como la luz—como el cielo—como los ángeles.

1914.

En el libro diario, con motivo del nacimiento de su hija.

Cualquiera de las dos páginas anteriores, tiene, a pesar de su intimidad, una emoción tan honda, que no titubeamos en publicarlas, arrancándolas así del inevitable ineditismo a que las destinó su autor escribiéndolas en el libro diario que dedicaba a sus hijos...

EL ESPÍRITU VENCEDOR

Capítulo de «La Profecía de Ezequiel» (inédito).

I

Estéril hubiera sido el sacrificio, efectivamente, penosamente estéril, si el vencedor no fuera el Espíritu. En presencia del gigante derrumbado a tanta costa, es preciso, para no maldecir de la victoria, que nos cerciorémos de que quien lo ha vencido no es otro coloso soberbio, nueva encarnación del demonio que hizo la guerra, sino la fuerza vivificante, capaz de reconducir a los hombres a la tierra de Israel. En una sola cosa puede reconocérsele; ella ha de ser Caridad, Amor, alma del universo. El, el espíritu triunfante, ha de estar en nosotros, en todos y cada uno de nosotros, hombres y pueblos, y ha de obrar, por ende, sobre las almas, y animar los tuétanos.

No maldigamos de la victoria. Que todo hace creer que quien ha triunfado es él, el espíritu vivificante invocado por Ezequiel. Se le reconoce en la impresión que predomina en el alma románica ante el coloso caído, y que yo reflejo en estas letras de verdad caritativas. Es visible, efectivamente, el esfuerzo que está haciendo sobre sí misma, en Francia sobre todo, en la Francia republicana, para desechar toda idea de venganza, sin abandonar, por supuesto, la de reparación o vindicta, que es solo justicia, y no excluye, por lo tanto, la caridad. Prudencia, Justicia, Fortaleza,

Templanza, son los cuatro vientos cardinales del espíritu.

Se siente todo eso en el alma de los que han vencido, si se ausculta con un poco de cuidado el corazón, que no ha de buscarse sólo en congresos, conferencias, delegaciones y demás simulacros, todo suspicacias, recelos y reservas mentales; mucho menos en las calles y disipados espectáculos. El natural primer movimiento de rencor se ha ido atenuando cada día más ante el caído, para dar paso a la idea de que la guerra está terminada con el desarme de quien la provocó, y que quien la provocó no fué la familia alemana, sino el militar prusiano, que hizo de ella su primera víctima, como lo hizo del Austria, de la Hungría y de los países eslavos de Occidente sojuzgados. La marcha triunfal hasta Berlín, que pasó un momento, esa es la verdad, por el deseo, fué un delirio de la fiebre. "El tiempo, dice Pascal, cura los dolores y las querellas, porque se cambia; no se es la misma persona. Es como un pueblo a quien se ha irritado, y al que se volviera a ver después de dos generaciones. Son todavía los franceses, pero no los mismos."

Se ha deseado, no sin causa, y, más que desearse, se exige la desaparición de Prusia como clave del arco: la destrucción del ejército alemán, constructor y destructor del imperio, verdadera familia de los Hohenzollern; pero no por eso se ha querido ni se quiere la destrucción de la persona alemana, de la familia alemana. La superioridad que ésta se atribuyó sobre las demás, si no ha extirpado en todas éstas el instinto de sustituirla en la soberbia, ha atenuado, cuando menos, el que en ellas hubiera podido existir, como en todo lo humano, y acercado la época en que "*tous ceux qui sont forts auront pour de leur force*", como dijo el poeta. Francés había de ser ese poeta que dió con tal frase. *Tener miedo de la propia fuerza, y aún del propio derecho*, es lo que entre los hom-

bres se llama fortaleza, dominio de sí mismo, verdadera valentía. Para dominar el miedo es preciso tenerlo, tener miedo de algo. Un animal de presa no es un valiente. Los quilates del valor, en el hombre, están en relación inversa de su parecido con el bruto; directa de los miedos dominados, con excepción del noble miedo a la propia brutalidad.

La familia alemana será *tan extraña cuanto ella quiera serlo, pero no más*, a la familia humana universal. De ella debe depender la mayor o menor rigidez en la ejecución de la sentencia; de su buena fe en la aceptación de la pena: de ella también su incorporación *real*, no sólo convencional, a los consejos de la gran familia humana. Que nos muestre las manos, y sobre todo el alma, desarmadas: y que todos creamos que la experiencia la ha hecho un pueblo realmente adulto, pues la jactancia suele ser pecado de juventud.

II

¡Destruir la familia alemana, la de Hernan y Dorotea! ¿Quienes, sino aquellos de sus propios miembros, poseídos de Aegir, han podido pensar semejante desproposito! Si fué desatino el del alemán que creyó en la superioridad de su raza, no es más juicioso el creer en la inferioridad congénita del hombre germano, de que otros hablaron. Aquello de "la barbarie del alma alemana" fué sólo un recurso de guerra. Ese pueblo es claro de entendimiento y vigoroso, como el que más: es tenaz de voluntad, fuerte de brazo, y, si no muy delicado de gusto, es fecundo de fantasía. Nada tiene qué ganar, y sí mucho qué perder, la civilización, la greco-romana inclusive, con la exclusión de ese activo colaborador, que, desde sus admirables universidades y politécnicas, cimentadas en la educación clásica greco-latina, nos ha mostrado tantas cosas buenas, sin excluir los más altos idealis-

mos. Entre las funestas consecuencias de esta guerra, no será la menor, por cierto, la de inhabilitar a esa nación, sabe Dios hasta cuándo, para aportar al acervo común de la humanidad, todo el concurso que le debe, en cambio del que recibe. No hablo solo del intelectual o científico, entendámonos bien; tampoco del material, por supuesto, que nada significa; hablo del *verbo alemán*, de esa recíproca influencia de los espíritus que mutuamente se buscan y se fecundan a través del tiempo y del espacio, y que, siendo, como es, la prueba más alta de la unidad de especie entre los hombres, es también la base más remota, pero *sine qua non*, de toda humana armonía; de lo que se llama civilización. El verbo de que hablo no es sólo ciencia, cultura, reciprocidad de servicios; es otra cosa: es el yo fuera del yo, en otro yo, quinta esencia del amor.

Yo de mí sé decir, que la influencia del pensamiento alemán en la formación del mío, sustancialmente español, afectivo y católico-romano, ha sido fuente oculta de aguas sonoras en el fondo de mi memoria. Sus cantos, oídos desde lejos, como en sueños, desde una lengua desconocida; su poesía de notas y palabras, reveladora de una concepción idealista del universo que no siempre es la mía, porque a cada paso me encuentro en ella con ese malhadado imperialismo panteísta o idealismo kantiano, que me desorienta y desazona, ha sido un reactivo, sin embargo, que me ha hecho saber mejor de esas ignotas profundidades de uno mismo, en que está lo común al hombre, a todos los hombres, y cuyo hallazgo constituye la obra del genio, del hombre-humanidad. Y aún del hombre árbol, sol, viento, tempestad, hormiga, melodía. Que no otra cosa es el poeta.

Yo sería un ingrato si no denunciara la existencia de ese pensamiento germánico que he sentido más de una vez dentro del mío, como el polen de una planta desconocida que trajo el viento a los ovarios del al-

ma. Es el elemento que nos despierta por simpatía, y aún por contraste, y que, en el laboratorio del espíritu, hace brotar, por reacciones profundas, la burbuja vibrante que es idea musical, imagen, deseo de cosas exteriores imposibles, excursión a países fantásticos remotos.

Así como de la unión de los dos hemisferios del cerebro resulta el órgano del pensamiento, y de la fusión de las tres potencias del alma, principio próximo y parte integrante de sus operaciones, resulta el hombre, así la unión de las facultades predominantes en distintos hombres, constituye el pueblo, y de las características de los diferentes pueblos o razas se forma la humanidad en marcha hacia lo perfecto, inaccesible en el tiempo. La perfección es la unidad, la reunión de todo a su esencia, en la región sublime de las causas o de los impulsos primarios, el amor. Los átomos se mueven con cadencia y número; es el canto de las esferas remotísimas; la universal sinfonía que pasa llamándonos por las alturas, haciéndonos señas desde los planetas.

Pero si yo sería personalmente ingrato, injusto sería el mundo anglo-romano si negara la influencia ejercida sobre él, en el pasado siglo sobre todo, por el pensamiento lírico alemán. Este, como ningún otro acaso, en la época moderna, nos ha hecho percibir el alma de las cosas, oir el grande acorde de la poesía... la música y la filosofía, como un canto místico, que se contrapuso a la idealización del instinto sexual, que, en muchos pueblos románicos, hizo perder su sentido estético a la palabra "amor", la más pura y musical de las palabras y la más fecunda.

Carlyle, admirador de Novalis, es el más alemán de los ingleses; su culto a Odino, a Mahoma, a Lutero, como tipos del héroe, es de claro origen germano, como lo es la poca estimación que le inspira Wáshington, el americano, y la confusión, en un solo menos-

precio, del pontificado romano nada menos y de la Revolución Francesa. Cromwell, el tirano Cromwell, es el héroe de Carlyle, como sabemos, casi un santo; la realidad. Emerson, el angloamericano, es devoto de Carlyle, sobre todo en su concepto de heroísmo; Maeterlink, el belga, sigue a ambos de cerca; Amiel, el ginebrino, los refleja en su soledad; Bergson, el francés, con sus intuiciones panteísticas, obra, sin darse cuenta, como muchos de sus compatriotas, bajo la influencia de ese espíritu.

Ese idealismo alemán *sui generis*, al que tantos convergen, hizo creer a algún español, acaso a más de uno, que es ese un sentimiento específico de alma germánica; que sólo en alemán tiene nombre, un nombre intraducible en otras lenguas: *schnsucht*. Etimológicamente, dice, significa "ansia de ver"; pero su contenido sentimental es más intenso; las palabras "anhelo", "afán", "ansia", "deseo infinito", tendrían un valor aproximado." El arte, efectivamente, es la satisfacción de ese anhelo: es "finalidad sin fin", contemplación desinteresada; la voluntad detiene su afán, cesa en su inquietud, descansa en su fatiga diaria. Eso es sensación estética, función estética, mejor dicho, privativa del hombre entre los seres sensibles.

Pero esos españoles de que hablamos no se han visto bien, me parece, la propia alma. Ese sentimiento místico no es específico de la alemana, sino genérico del hombre; pero, en nadie como en el alma española ha tenido su extrema intensidad, y hallado su expresión ingenua y perdurable. No dió con una frase feliz el que motejó de "suspirillos germánicos", aquellos *lieders* españoles, por ejemplo, que sonaron en el arpa de un joven poeta andaluz, casi efímero, que, con sólo algunas estrofas o ritmos no aprendidos ni buscados, dominó todas las diluciones de ideas en palabras genéricas y afónicas, odas neoclásicas, fofas invocaciones a las viejas musas, misticismos un-

tuosos, que, renegando de las sinceridades de nuestra poesía mística, desfiguraban, a fuerza de superlativos afónicos, hasta los Salmos de David y las bellezas de la liturgia sagrada. Aquel ingenuo de Adolfo Bécquer, rompiendo moldes, siguiendo el vuelo de las estrellas fugaces y de las olas sonantes en el mar sin playas, y de las luces que dan sombras en las viejas catedrales, no salió del alma propia, genuinamente española y cristiana, cuando, encerrado en sus castillos y monasterios ideales, nos habló del "ansia perpetua de algo mejor", que empuja nuestra vida, y del "amor callado de la muerte" que le inspiraba la dormida mujer de piedra. En ningún alma como en la española se encuentra original, congénito, ese misticismo musical que se hizo color en el Cristo de Velázquez, el primer pintor del mundo, y modeló en luz los ángeles de Alonso Cano y de Murillo, copiados de los cielos interiores. Pero la verdad intensa de nuestro espíritu está en aquellas *Noches oscuras del alma*, y *Subidas al Monte Carmelo* de Juan de la Cruz, y en los *Castillos interiores* o *Moradas espirituales* de Teresa de Jesús, la madre española; en ésta sobre todo. Quien haya logrado seguirla en sus jornadas por las ciudades del propio corazón transverberado, sabe de esas *saudades* o *añoranzas* de eternidad, como nadie puede saberlo. Ese viaje en la sombra luminosa desde la superficie hasta el centro del alma, en que, a medida que los ojos se adaptan a la nueva luz, descubren asombrados, espantados, como dice la santa genial, nuevos panoramas salidos de las lejanías; ese ensanche de la capacidad del alma, que, ultrapasando sus propias potencias, la de comprender, la de sentir, la de querer, se limita a vivir, a "vivir en sí misma", en una muerte de amor, eso no ha tenido, en lengua de hombre, un intérprete como esa mujer. El amor que consiste en pensar y en sufrir y en gozar en otro cuerpo y en otra alma nos hace entrever,

ya que no percibir, la esencia una y múltiple de la Divinidad. Identificados con los de otro, por el amor, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros placeres y dolores, identificados por completo, desaparecemos en el otro, sin desaparecer en nosotros mismos; somos unos con él; sin dejar de ser dos. Dos pensamientos idénticos son un solo pensamiento... pero son dos; dos almas que se aman "con toda el alma", son una sola..., pero se *aman*, se fecundan, son dos almas, dos *sustancias personales*. He ahí el supremo realismo. La sustancia espiritual es la sola realidad.

En ese enorme misterio se sumergía la española santa. Ella oía y veía la infinita sinfonía, en que luces y colores y sonidos son una sola vibración. Tenía en la mirada el deslumbramiento de los ojos que han visto a Dios; en los oídos *las hablas* de los mares sin orillas. El arte humano no sabe de eso. Ella no es un artista; es un original. El arte es realización de belleza; Teresa de Jesús es una belleza. Una diosa, hubieran dicho los paganos, sensualizándola, profanándola; una idea, dirían los otros, aniquilándola; *una santa*, decimos nosotros diciéndolo todo: realidad espiritual, maestra, intercesora, ejemplar de belleza y de conducta. Su imagen es, para nosotros, un retrato de familia, como el de una de nuestras hermanas; ella nos habla en una de las lenguas humanas, y hemos tenido la suerte de que sea en la nuestra española, la vulgar, la de nuestras abuelas; pero hay tal desproporción entre sus palabras y lo que ella dice a quien puede oirla, que la palabra parece aniquilada en su voz; es lo más cercano a la comunicación directa de dos espíritus. El anhelo de infinito se siente en ella y con ella, aunque no se entienda; ella misma no se entiende, va "delante de sí misma". Pero no de un infinito impersonal, inepto para ser objeto de verdadero amor humano, sino de un Ser que "está allí",

a nuestra derecha, a nuestra izquierda, amable, capaz de recibir los trofeos de nuestros combates interiores, y coronar al vencedor con su abrazo casi sensible. Ella, la más genuina de las almas españolas, más que la de Cervantes, es el caballero de Dios; nos enseña su presencia en las cosas, en las formas, en los colores, en los sonidos, en el vacío aparente, ya que el real no existe. Pero no las cosas-dios, entendámonos bien, sino Dios anunciado por el Universo visible, por esta magnífica construcción de piedras vivas, sobre todo, el hombre, la mujer, habitación preferida de la Unidad perfecta en la Trinidad divina. En ese *camino de perfección* hacia el interior de sí mismo en busca de la persona de Cristo, *que sólo se comprueba por el resplandor en nuestras obras de lo que por la fe está en nuestro entendimiento;* en esa senda escondida que conduce a la unidad o al amor substancial, se encuentran y se reconocen todos los hombres, y los pueblos, y las razas, que sólo se combaten porque han perdido ese camino de belleza o de armonía.....

III

Nadie, pues, como nosotros, los hombres que hablamos la lengua de Santa Teresa, se ha sentido arrastrado por ese romanticismo filosófico-musical que venía de Alemania, a despertarnos en nosotros mismos: lo hemos seguido como quien se da cuenta del sentido de algo que sabía sólo de memoria. Y cuando, en la esperanza de que de allí podía partir el triunfo del espíritu sobre el sensualismo, nos inclinábamos más, y más sinceramente, al afecto hacia el hombre alemán, hermano nuestro, he aquí que aparece lo que no veíamos detrás de él: ese grosero imperio materialista, anticristiano, que, rompiendo el encanto, nos hace despertar en una triste realidad. Su agresión implacable, efectivamente, su claro propósito de aniquilarnos germanizándonos, disipó nuestra ilusión, y nos dejó en la penosa creencia de que, si los buenos alemanes eran una realidad, la buena Alemania imperial era un mito; los dioses feroces, Wotan, Thor, Aegir, las walkirias, la materia divinizada, han podido más en aquella alma colectiva que el genio musical de los *lieders*. Vimos que la admiración que nos inspiraban las cualidades de los hombres de esa raza no era correspondida por el reconocimiento de las nuestras; sentimos que tanto cuanto nos era fácil querer bien a Alemania en los alemanes, nos era difícil, si no imposible, hacernos amar de ella, aunque lo consigamos de ellos. Si es sólo difícil, y no imposible, como lo creen los más agraviados; si no es imposible que, destruído el imperio, podamos ser para Germania objeto, no sólo de deseo sino de amor fraterno, es a ella a quien incumbe la prueba; es ella, sobre todo, la que tiene que persuadirse de que no es en razón directa, sino inversa, de su potencia material o militar, cómo podrá recuperar las fuerzas que la hicieron verdaderamente grande y fuerte, y digna de admiración y hasta de amor por parte de los otros pueblos y razas, es decir, miembro de la especie humana.

En nada se ha revelado ese poder con más claridad que en el fracaso sufrido por los que, al día siguiente de la guerra contra el imperio germánico, pretendieron continuarla contra Alemania, cerrando la entrada de nuestros oídos a sus acordes musicales, como se cierran las aduanas a las mercancías. ¡El bloqueo del alma! No faltaron, como sabemos, quienes, *in odium auctoris,* querían eso: desterrar de nuestro oído a Beethoven, a Bach, a Wagner, a Wagner sobre todo... El triunfo de éste ha sido el primer desquite, la "révanche" de Alemania; sus enemigos fueron vencidos por el espíritu de armonía. Esas armonías sinfónicas de Bach, la Misa En Sí Menor, sobre

todo, que, al decir de los iniciados, tienen en germen toda la música moderna; las sinfonías de Beethoven, la Novena, la Heroica, su Misa Solemne o la de Requiem de Mozart, pasan triunfales por sobre todos los obstáculos, y hacen silencio en las almas. Nadie ha combatido contra eso; todo el mundo se arrodilla cuando cantan en alemán los caballeros del Santo Graal sus coros polífonos; los rencores se declaran vencidos, y se esconden sus lijas las venganzas, ante el Parsifal de Wagner.

Es ese el poder misterioso de la música, *belleza realizada en el sonido*, en el sonido inarticulado, no en esos, de significado convencional, las palabras, que constituyen las distintas lenguas humanas. La música es belleza realizada en el que tiene un significado absoluto, consubstancial del sonido mismo, común a todos los hombres, expresión de todo aquello que no tiene intérprete en el vocabulario de las lenguas humanas, por perfectas que sean, forma de lo inefable, inteligible a todos los hombres en proporción a la capacidad emotiva de cada uno. Mi reino no es de este mundo, pudiera acaso decir, con el Divino Maestro.

Esa belleza, que es amor, tiene más fuerza que el odio; puede desarmar la justicia; tiene, sobre todo, más poder de reconciliación que ese comercio o esa industria en que se busca la paz sin encontrarla.

IV

¡El comercio! ¡Oh, el comercio! Es cierto que el comercio también anda de Ceca en Meca con las alas en los pies; y cierto también que pone en relación a los hombres. Pero no conozco concepto menos digno de respeto que el que atribuye al cambio de cosas o mercaderías, por medio de monedas, la facultad por excelencia de reconciliar a los pueblos. Hablar de co-

mercio y hablar de guerra es hoy casi la misma cosa, obsérvese bien; su motor es la competencia: "guerra de tarifas", "competencias de industrias", "conquistas de mercados", "defensa de fronteras", "desalojo de rivales", a expensas del hombre...

"El reino de Dios no es alimento ni bebida, dice San Pablo a los romanos; es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo." Todo el mundo siente esa verdad: que no es comiendo y bebiendo lo mejor posible, gracias al comercio, cómo se enderezan los caminos que llevan a la paz; que no son los mejor comidos y bebidos los más mansos y pacíficos, ni los que más tienen hambre y sed de justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo.

En la esfera del comercio, el hombre no quiere al hombre por lo que es sino por lo que tiene; no lo quiere, pues. Sonríe como el perro extraño mueve la cola, mostrando los dientes trémulos, y con los ojos fijos en el pan que tenemos en la mano. Ni el perro ni el comercio avalúan los sentimientos; el honor, la virtud, la belleza, no son valores, ni para el comercio ni para el perro; no lo es tampoco la paz. La guerra y la paz le son indiferentes.

El hombre no necesita de maestros para dudar, dijo uno. ¿Y será necesario, dijo otro, que el arte ayude a nuestras pasiones, en las que, por desgracia, nacemos tan instruídos? El egoísmo es la ley de la materia. Si un galgo de buena raza hiciera sonetos, escribiría uno que yo conozco, muy armonioso por cierto, en loor del Egoísmo. Hay muchos de esos hasta en lengua castellana; también los hay en honor o loa de la sensualidad: sonetos y libros de cierta extensión. Bien es verdad que eso, egoísmos y sensualidades, son comunes a todos los hombres y, en cierto sentido, los vincula; pero también les son comunes al bruto y lo vincula a éste. No es, pues, elemento conglomerante de la especie humana, sino del género, de

todas las especies zoológicas; incorpora el hombre a la vida animal; le distingue del árbol y de la piedra; pero no del gato.

No es esto maldecir del comercio, por supuesto, ni mucho menos; pero la verdad es que el hombre no necesita de grandes estímulos para comerciar, para obtener el mayor resultado de su trabajo a expensas de su semejante. Para lo que los necesita es para lo contrario, precisamente: para no comerciar alguna vez siquiera, para no comerciar siempre, siempre, como solo objeto de la vida. No se trabaja para vivir; se vive para trabajar, para ser digno de vivir, y la pereza y la indolencia son vicios capitales. Hay algo más importante que saber guardar dinero, y es saber *para quién y para qué se guarda*. El dinero, trabajo acumulado, es bueno como instrumento de nuevo trabajo; representa el arado, la rueda, el barco, el camino, la máquina; el mérito no está en la posesión del instrumento, sino en su empleo y su destino.

Alguien ha dicho que las razas orientales están llamadas a prevalecer sobre las nuestras caucásicas, porque la vida de los hombres es, entre aquéllas, menos costosa; nosotros somos como los enormes animales primitivos, el dinoterio, el ictiosauro, que han desaparecido por el excesivo costo de su existencia; comemos demasiado. Un chino vive con un puñado de arroz; para igualarlo, nos sería preciso, no sólo aumentar nuestra producción, sino disminuir nuestras necesidades y apetitos. Pero eso, la moderación, la sobriedad, no se inculcan con el comercio, sino con lo contrario del comercio; el comercio estimula más bien el consumo inmoderado, el lujo, y hasta a veces la destrucción de lo hecho, a fin de que lo que queda valga más, por más escaso, para que el que lo posee, así se mueran de hambre los demás. Es la ley de la oferta y la demanda. Esta, la ley de la oferta y la demanda, es una fuerza de la naturaleza, no cabe duda;

pero fuerza ciega, anormal, como pueden serlo el viento o la corriente de los ríos. Pretender suprimirla es querer suprimir el viento; pero dejarse llevar por ella, es entregarse a la ciega tempestad. En plena tormenta estamos, como es sabido: tempestad de la oferta y la demanda. Una de las grandes conquistas de Alemania fué la realizada, no cabe duda, por su comercio, rígido, solícito, disciplinado oficialmente, honrado pecuniariamente. El emperador era un comerciante fuerte, socio de la compañía de vapores Hamburguesa-Americana, de la fábrica de Krupp y otras empresas; era gran terrateniente; poseía ciento diez castillos y palacios; su tren de viaje costaba tres millones; sus rentas eran mayores que las de Rockefeller, Morgán y demás resonantes santos del dinero, según dicen. Bien será que recordemos lo que sobre eso nos ha dicho Ballin, el gran armador alemán: que esos progresos de Alemania fueron realizados por su comercio, gracias a la protección inglesa, que le abrió sus puertos, le aseguró la libertad de los mares, etc., etc.

Y nadie dirá que eso ha sido germen de paz entre Alemania y los demás pueblos, Inglaterra inclusive. Ni lo será en adelante. Alemania, que ha quedado íntegra, restaurará pronto, antes que nadie, su industria, difundirá su comercio, recuperará "mercados", pues sus aptitudes y recursos persisten. Pero, los pueblos no son eso, no son sólo mercados. Esa conquista no es paz necesariamente; puede ser sólo la renovación de la guerra de entorpecimiento al bienestar humano, en que el monopolio impide el acceso del hombre a la tierra y a los instrumentos de labor; en que no sólo el trabajo *actual*, sino también el *acumulado*, que suele llamarse *capital*, se declaran en huelga cuando les viene a cuento. No otra cosa que una huelga de trabajo acumulado es, si bien se mira, la actitud del capital retraído cuando quiere mayor

interés, mayor salario. Porque el interés del capital es, en resumidas cuentas, el jornal del viejo trabajo, pagado con una parte del nuevo. El viejo tiene su justo avalúo como el nuevo, al que se une para provecho de ambos. La utilidad que la unión produce corresponde, como es razón, a los dos, proporcionalmente distribuída, equitativamente repartida, es decir, no establecida por el libre arbitrio del uno ni del otro, ni del trabajo viejo ni del nuevo, sino por alguien que esté sobre los dos, y atribuya a cada uno lo suyo. *Suum cuique tribuere;* a cada cual lo suyo; la fórmula de la justicia. El trabajo humano tiene su valor absoluto, no sólo el relativo; pero no será el comercio quien retribuya como es debido las fuerzas intelectuales en reserva, y mucho menos las morales.

No será, pues, la restauración material o comercial de Alemania, la que la reconducirá a la tierra de Israel. Y su restauración moral, la que procede de ese fondo idealista que acercaba su raza a la nuestra por el espíritu, esa, bien quisiera equivocarme, esa no parece tan próxima, por desgracia; no parece tan próxima la hora en que, al partir el pan, reconozcamos a Cristo, como los peregrinos de Emaus.

"Frotad vuestras manos con aceite, si queréis abrir el árbol del pan, porque, si nó, la secreción lechosa se pegará a vuestras manos. Frotad primero vuestra alma con el aceite del amor y la devoción al Señor; después podréis poneros en contacto con los asuntos del mundo." En esa forma pintoresca repite el poeta indio nuestra eterna verdad evangélica, escrita en divina forma:—Buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. El poeta indio no dice nada nuevo. San Francisco de Asis, lo precedió, y lo dijo mejor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

MI TORRE Y MI JARDIN

I

Yo poseo una torre—ladrillo y argamasa—
Aquella de marfil... cursi literatura...
Una torre cuadrada, la torre de mi casa;
Inmenso panorama y poca arquitectura.

Delante de la fábrica, un jardín con frescura
De árboles y de céspedes. Por afuera no pasa
Casi nadie de noche, por ser la calle oscura;
De día, porque el sol quema como una brasa.

A media cuadra el campo; al sur, el mar; al este,
El mar; en el ocaso, también el mar celeste;
Al norte, la ciudad: claraboyas y bruma;

Arriba, el cielo, un cielo enorme y monocromo...
Soy feliz con mi torre, sencillamente como
Quien a la dicha propia, la dicha ajena suma.

II

Sí, soy feliz, no obstante caracoles y hormigas;
Unos, viscosos que se arrastran y hacen daño,—
Aquí hay un claro símbolo retórico de antaño,
Y de hogaño;--las otras, ¡qué diente! ¡y qué fatigas!

Si no fuera por ellos, en mi rústico escaño,
Con los sapos aliados y las hierbas amigas,
Y los grillos eufónicos y mis propias cantigas,
No tendría una nube este primero de año.

Pero los caracoles, ¡ay de mí! y esa peste
Que no deja crecer ni un renuevo! Con este
Tiempo la lluvia por todas partes revienta

Un enjambre... Dijérase que ha metido la pata
En el jardín, el diablo, y subraya la afrenta,
El molusco cornudo, con su baba de plata.

PABLO DE GREGIA.

EL SILENCIO DE LOS INCAS

FANTASÍA INDÍGENA EN UN ACTO Y TRES CUADROS

Fragmento del segundo cuadro

VILLAC UMU. — Escuchad la voz del quipo de los quipos. Escuchad la profecía de Manco Capac.

CORO.—¡Padre Sol!

VILLAC-UMU. (*Lee el quipo*).—La paz de los Incas reinará sobre el Universo. En los tambos reales será abundante el maíz; y las hojas de la coca brindarán savias fuertes; pero como la arena del mar serán los rebaños de llamas. Los yaravíes reirán en los palacios y las chozas y los pueblos quechúas bendecirán el sol eterno y alabarán la sabiduría del señor de los señores. La paz de los Incas reinará sobre el Universo.

CORO (*extático*). — ¡Sol eterno! Padre Sol!

VILLAC UMU.—Pero he aquí los signos siniestros.

CORO (*gime*).—¡Padre Sol!

VILLAC UMU.—En el cielo ondulará una serpiente verde. Sobre el templo de los templos se precipitará exánime un cóndor y el sol negará sus rayos a las hogueras del sacrificio.

CORO (*gime*).—¡Sol eterno!... ¡Padre Sol!

VILLAC UMU.—Los hijos de Huayna Capac se disputarán el Imperio. La tierra de Tavantinsuyu beberá, temblando, sangre de Incas. El ave covaquenque se ocultará en el desierto y el sol eterno velará su rostro.

Coro (*clama*).—¡Sol eterno!... ¡Padre sol!

Villac Umu. — Sobre una nube de fuego vendrán de Occidente los viracochas.

Coro (*calla*).—¡Pachacamac!

Villac Umu. — Sus manos lanzarán el rayo y el trueno y la sangre quechúa enrojecerá los torrentes e hinchará el mar. Los buitres teñirán sus picos en el flanco del señor de los señores; los templos se hundirán; el oro será el ídolo de los pueblos y sobre el Universo pesará el silencio de los Incas.

Coro (*anodadado, gime*).—¡Pachacamac! ¡Pachacamac!

Villac Umu.—Pero el Villac Umu salvará el quipo de Manco Capac y huirá hacia el sol que nace con el hijo menor del Inca y su hija mayor. Cruzarán los Andes; cruzarán las nieves y los torrentes y los llanos. Y llegarán a un río que será como una serpiente negra. Y el Villac Umu construirá chozas y vivirán en la paz de tierras lejanas los hijos del Inca y los hijos de sus hijos.

Coro (*suplica*).—¡Pachacamac!

Villac Umu.—Cuatro mil lunas pesará el silencio de los Incas sobre el Universo. Pero, cumplidos los tiempos, volverá al trono de sus padres la última hija del sol. Y los pueblos de Tavantin-suyu saldrán del antro de los castigos y la paz de los Incas flameará sobre el Universo.

Coro (*jubiloso*).—¡Sol eterno! ¡Padre Sol!

Villac Umu (*señala a Coya*):—Mira aquí, hecha carne, la profecía de Manco Capac.

Francisco Imhof.

SOBRE ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Sobre este asunto de la enseñanza de la literatura se ha hablado y escrito mucho entre nosotros, pero, generalmente, la cuestión ha sido encarada desde un punto de vista demasiado trascendental, o excesivamente pedagógico. No quiere esto decir que esa forma de encarar el problema sea inconveniente; nada de eso; líbreme Dios de desechar lo trascendental y lo pedagógico en materia de enseñanza. Lo que sí quiero decir es que, a veces, las peculiaridades del medio social, y aún del medio universitario, se oponen a los excesos del sentido especulativo, y, sobre todo, del severo dogmatismo pedagógico. La enseñanza de la literatura en nuestra Universidad, más que con exceso de cientificismo, debe ser considerada con espíritu práctico, casi diría, con buen sentido, o con aquel sentido común de que Sancho Panza estaba tan bien dotado.

Hay un concepto clásico de la enseñanza de la literatura que consiste, amén del necesario curso de retórica y poética, en hacer conocer a los estudiantes las grandes épocas de la historia literaria; la biografía de los escritores de mayor nombradía; el argumento y carácter de sus principales obras, y el juicio que ellas merecieron a la crítica universal. Con esto, y con tal cual lectura de páginas clásicas, se hace un curso amable, fácil y provechoso. Todo eso se considera ahora anticuado y antipedagógico. Sin embargo, no es un programa de cultura literaria tan despreciable el que propician los que, para iniciar en el es-

tudio de la literatura, a jóvenes de 15 a 20 años, reducen el curso a un vasto panorama histórico donde las grandes épocas se hallan representadas por sus valores literarios, y proyectan, sobre ese fondo, las figuras animadas de escritores y poetas, y relatan la vida de éstos y el argumento de sus obras, y aún hacen conocer a los estudiantes la forma en que tales obras fueron y son juzgadas por la humanidad letrada. Este concepto de la enseñanza de la literatura, obedece a peculiaridades del medio ambiente y realiza una idea de cultura modesto, pero fácil de obtener, y sobre todo, útil para la actividad social del universitario sudamericano, en cualquier plano que ésta se ejercite. El estudiante que ha hecho este curso, claro que no ha ahondado en el conocimiento de la lengua y la literatura, puesto que no es esa tampoco la finalidad de la enseñanza secundaria y preparatoria; pero ha adquirido ese barniz de cultura literaria necesario para que un hombre pueda frecuentar el trato de los círculos intelectuales del país, sin desmerecer del nivel general de cultura que en ellos predomina. Será dueño, en efecto, de un discreto repertorio de conocimientos literarios que le permitirá apreciar las grandes épocas clásicas, y hablar con cierta familiaridad de los héroes de Homero y de Virgilio, sin confundir a Aquiles con Eneas. Sin penetrar en la grandeza de la tragedia esquiliana, conservará, sin embargo, la impresión de los fabulosos personajes griegos y no los confundirá con los bufones que Plauto y Terencio sorprendieron en la sociedad romana para llevarlos a su truculento teatro. Tendrá una idea bastante aproximada del siglo de Augusto, y conocerá a Mecenas, y, como es natural, a toda la pléyade latina. Volviendo a más próximas épocas, no lo tomará de sorpresa un terceto de la Divina Comedia, ni un personaje de Shakespeare, ni una página de Cervantes, ni un drama de Calderón, ni una comedia de Molière. Y si de literatura contemporánea

se trata, sabrá lo que es clasicismo, romanticismo, naturalismo, y hasta conocerá buena parte de las escuelas ultramodernas con sede en París, en la India o en Buenos Aires.

Con todo este bagaje, y lo mucho más que callo por lo extenso, un joven estudiante está habilitado para que no lo tomen de nuevas las citas, referencias y alusiones que continuamente se hacen en la conversación, en los diarios, en las revistas, en los libros. Sabrá así de qué se trata cuando se habla del "cisne de Mantua", del "poeta florentino", del "héroe troyano", del "manco de Lepanto", del "fénix de los ingenios", y de tantos otros lugares comunes que corren por el mundo. Igualmente sabrá interpretar esas citas fáciles, ya sean en latín, francés o castellano, que forman la pacotilla de la literatura corriente. Todo eso no es mucho, pero es más que lo que sabía el *bourgeois-gentilhomme* de Molière, que tanto se sorprendió cuando le revelaron que él hablaba en prosa. Además, todo eso se enseña fácilmente, sin grandes complicaciones pedagógicas. El estudiante hace con ello, como decía al principio, un curso sencillo, fácil y amable, que luego recuerda con vivo deleite.

Hay otro sistema de enseñanza más trascendental, y que hoy goza de gran boga. Ese sistema convierte el curso de literatura elemental, en verdadero curso de estética superior, pues coloca al estudiante en contacto directo con la obra de arte, a fin de hacerle comprender, sentir e interpretar el repertorio literario universal. Nada de biografías, ni de fechas, ni mucho menos de anécdotas; el autor-persona desaparece de la enseñanza para dejar lugar exclusivamente a la obra. Shakespeare, por ejemplo, ya no se aparece a los estudiantes universitarios como aquel original imberbe que cuidaba los caballos de los *dandys* londinenses a las puertas del teatro del Globo, y, furtivamente, se escurría entre el público para estreme-

cerse de pasión ante las comedias de Johnson, y aún lograba suplir a algún comparsa y dar algunas zancadas sobre el escenario. Ni eso, ni sus afanes de traductor, compilador, ajustador y fabricante de malos y buenos dramas; ni sus amores y vida conyugal con Ana Hathaway; ni la ignorancia de su genio; ni ninguna de las circunstancias de su pintoresca vida, interesan ya al estudiante. En cambio, éste ha leído u oído leer, Hamlet, por ejemplo, y ha asistido a la exégesis, más o menos profunda, que el profesor ha hecho del teatro shakesperiano en el aula, y de todo ello le ha quedado una bruma trascendental en el espíritu y la sensación de un inmenso y original guignol donde los muñecos quedan heridos sobre la escena al bajarse la tela. Acaso la enlutada figura del príncipe de Dinamarca o la blanca de Ofelia, dado el calor romántico de tales personajes, deje en ellos huella más profunda; pero el resto del drama será para la inteligencia estudiantil materia parva, a pesar de los esfuerzos que realice el ingenio del profesor para hacer pensar y sentir a jóvenes imberbes, cosas que solamente se piensan y se sienten, cuando el hombre sucede al adolescente, y transforma su cuerpo y, sobre todo, su espíritu.

Si el primer sistema de enseñanza a que me he referido puede reputarse vicioso, este nuevo, resulta, cuando menos, incompleto. Yo creo que este asunto de la enseñanza de la literatura es un simple caso de falsa oposición, como dice el doctor Vaz Ferreira. En efecto: el sistema trascendental no excluye al antiguo y viceversa. Por el contrario, ambos se complementan. El conocimiento personal, experimental, diremos, de las obras del ingenio humano, puede ser útil, sobre todo en cuanto sirve para revelar la vocación literaria y para educar el gusto, pero es indispensable que se le complemente y aún que se le supedite al otro sistema que procura al estudiante un mayor número de conocimientos e ideas generales; esto es, un mayor caudal de cultura útil, socialmente considerada. Si ambos sistemas hallaran tiempo y acomodo dentro del breve curso universitario, se habría resuelto uno de los problemas de la cultura nacional, y no el menos interesante, por cierto.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

EDUCACION

ÉTICA BIOLÓGICA

Introducción a un estudio

"¿Es bueno el niño desde que nace? ¿Es malo o no es ni bueno ni malo?"

Con el fin de responder a la idea encerrada en estas preguntas, que figuran en el programa para Maestros de 1.er Grado, tengo en preparación un libro; porque comprendo que ningún aspirante, al rendir examen, está en condiciones que le permitan formar opinión respecto a ellas; y yo puedo ofrecer a consideración de los estudiantes, un número regular de observaciones hechas en mi prolongada actuación de maestra, ante niños a quienes nunca juzgué malos; pero que no pude ver igualmente buenos.

Fuera de lo que se lee, indeciso o categórico, sin suficiente exposición de pruebas, sólo se sabe del problema en tal forma planteado, lo que se oye decir en frases pronunciadas con muy diverso sentido: "¡Qué malo es!" "¡Es más malo!" "¡Malo!" "¡Perverso!", "¡Pillo!", "¡Pillete!", variando el tono, se exclama muchas veces cada día, con la misma facilidad con que se repite: "¡Es muy bueno!" "¡Es buenito!"

Debemos consignar que las últimas expresiones, rara vez se escuchan sin el agregado de: "duerme toda la noche", o "se deja pegar", "nunca se queja", en cuyo caso, el instinto, clarovidente, vestido de

broma suele terminar el juicio con estas palabras: "¡Es muy tonto!"

¿Qué puede saber de la bondad o maldad del niño, quien va a iniciar su trato con él, cuando el que ha vivido algunos años ejerciendo las funciones de maestro, creyendo cumplir el fin de amoldar el espíritu a las necesidades de la vida y a la persecución de ideales, si hubiera de responder, por la experiencia de su trabajo, en la mayoría de los casos, no sabría hacerlo?

El proceder diario del maestro dice que, en su concepto, por lo común, niño bueno es el que obedece; esto en primer término y casi exclusivo; pero, a fin de detallar diré: el que estudia y cumple sus deberes, el que es puntual y no falta a la clase, cuida sus ropas y sus útiles; respeta al superior con los ceremoniales establecidos para demostrar respeto; no toma la palabra sin consentimiento, marcha bien en fila, no querella y dice siempre la verdad (la verdad convencional de la escuela, podría observar Max Nordau).

El niño bueno, así comprendido, debe poseer una virtud formada con mucho esmero, aunque sin gran dificultad: la de no ser acusador.

También entra en el número de las condiciones requeridas para ser bueno, la del respeto a la propiedad ajena; pero son tan pocas las ocasiones que se ofrecen de poner ésta a prueba, que un maestro llamado a informar por la conducta de un niño, difícilmente se acordará de ella.

Los que hemos vividos muchos años en intimidad con la infancia, indagando siempre que ha sido posible, la causa originaria de los incidentes conocidos, pidiendo datos a la familia, llevando nuestra observación hasta la vida callejera, donde se incuban la mayor parte de los gérmenes nocivos, podemos decir: ¡qué pobre y qué erróneo es ese concepto del ni-

ño bueno! y ¡qué falso resulta, por oposición de criterio, el que se forma del niño malo!

Ninguna de las hermosas cabecitas que nos encantan con la gracia del gesto, en la gama de tonos infinitos que comprende la ligera sonrisa y el estridente grito, deja de poseer algo de una y otra cualidad, porque todos, dentro del orden normal, tienen encendida alguna chispa de la llama azul de la virtud altruísta y del fuego ardiente de la pasión.

La envidia, la venganza, el egoísmo, el rencor, el odio, la ira, el orgullo, el latrocinio, la hipocresía, la crueldad y demás sentimientos ruines, son desviaciones del amor a sí mismo, que dentro de justos límites, lleva a la conquista sublime de la gloria y a los dignos esfuerzos de la emulación.

Como la hoguera, que bien contenida, extrae metales de la dura roca, para fundir en el molde una obra de belleza ideal, y fuera de los muros que la encierran, mata sin piedad, destruyendo con furia las mismas estatuas que su llama modeló, los sentimientos humanos son capaces del bien y del mal; pero la escuela, cohibiéndolos en sus manifestaciones espontáneas, por necesidades de disciplina, no escucha el dulce latido de su calma, ni el rugir de su honda tempestad.

Para ella, niño malo es el que exterioriza arrebatos, y bueno, el que acata órdenes con docilidad. No se sabe que aquél, muchas veces hace el sacrificio de sus intereses, por los ajenos; y que éste, suele reservar la expansión de sus deseos, para horas y lugares en que puedan manifestarse libremente; que lo prohibido germina en los bancos de clase, al calor de la palabra dicha al pasar, en esa fila rígida donde los niños parecen muñecos de resorte mecánico; del papelito escrito con admirable disimulo, mientras se resuelve un problema y arrojado al lugar de su destino, en medio del más profundo silencio, en el preciso

instante en que el maestro inclina la cabeza para revisar operaciones concluídas; de la bofetada que a la hora de recreo hace desbordar lo que la clase mantuvo escondido; de la cita en esos momentos acordada para lugar y hora más libres; a la sombra que proyectan las ideas sobre las almas, con la luz de la enseñanza científica.

Parece raro contrasentido atribuir sombra a las ideas; pero, ¿no es fuerza reconocer que ellas tienen volumen para ocultar intenciones, cuando al fin de una jornada sostenida con hermosos discursos, se descubre la quimera de lo que fué visión magnífica?, ¿cuando las masas arrastradas en pos de bellos conceptos, ven que el embanderado orador, encubría con sus palabras, el móvil que lo llevaba a la conquista del bienestar, el poder, la gloria o la fortuna?

No extrañemos, pues, que a la sombra del conocimiento, en la escuela, se oculte la diversidad de valores morales que se prepara para el porvenir, en el grupo de niños reunidos con semejanza aparente.

Cuando termina el primer período de educación, empiezan a hacerse visibles los vástagos de las pasiones que se desarrollaron escondidas. Entonces, ¿quién puede impedir su crecimiento?

Las circunstancias del medio dependen del capricho de la suerte, y la enseñanza secundaria nada intenta, porque se cree desligada de toda obligación al respecto. El mal, por lo tanto, avanza con bríos y sólo puede troncharse por el golpe de una ruda sacudida.

Debemos confesar que la condición moral de cada individuo, es puramente resultado de los factores que intervinieron en la gestación del ser y de la casualidad que rodea el desenvolvimiento, pues que la escuela tiene muy poca influencia sobre el proceso biológico que la determina; y la dirección de los padres no es mucho más eficaz, por cuanto ellos ignoran, co-

mo ignoramos todos, cuáles son los síntomas reveladores del mal.

Pues que la desobediencia pertinaz, la inquietud y el capricho, dan razón de la conducta mala, y la docilidad se considera rasgo saliente de la buena, todos se sorprenden cuando resulta inmoral por sus hechos, el que fué criado con esmero y siguió fielmente los consejos de sus padres orgullosos y de sus maestros satisfechos.

Parece natural que el niño obediente marche hacia el bien como marcha el tren sobre la vía trazada, después de estudiar las dificultades del camino y que, el que no escuchó la voz de sus mayores, tropiece con los obstáculos que la vida presenta, precipitándose en los abismos de las sendas traidoras, como lo haría el tren que se lanzara al acaso, abriendo rumbos en una carrera de término desconocido.

Sin embargo, son numerosos los casos en que podemos observar las consecuencias invertidas.

Yo he visto y veo ir en línea recta, por la ruta del deber, a muchos que en su infancia fueron rebeldes, y he visto a otros que se distinguieron por su docilidad, caer en la tentación del vicio, porque la voluntad, para vencerla, fué débil como siempre lo había sido.

Aunque tengamos la íntima convicción de que debemos amoldar los hábitos del niño a las necesidades presentes y futuras que él ignora, nos falta mucho para conocer las limitaciones que ese deber implica, porque desconocemos el valor de dos elementos esenciales que se revelan con vehemencia en un niño normalmente constituído: la voluntad y el instinto.

Movidos nosotros también por una tendencia, la que ha dado el triunfo a todos los que han mandado sobre la tierra, aplicando un castigo o prometiendo un premio, con recursos de fuerza o ingenio, conseguimos nuestro propósito; pero si no estamos alerta contra la reacción inevitable que producen esos medios, y conducimos poco a poco la conducta por el orden natural, que debe ser obra del pensar y del sentir, nuestro trabajo será contraproducente.

Los niños, para burlar nuestras intenciones, desenvuelven admirables dotes de vivacidad y arte dramático, consiguiendo sus propósitos casi siempre. Por eso podemos confesar que la hipocresía, en gran parte, es obra de la educación.

Cuando en la clase, un incidente altera la rigidez del horario y la majestuosa calma del ambiente, el maestro, para restablecer el orden, que necesita, se ve obligado a proceder con rapidez, aplicando al que parece causante del trastorno, uno de los castigos de su repertorio, que suele ser: separación, privación de recreo, permanencia algunos minutos fuera de hora, escritura de un largo ejercicio o apunte de mala nota.

"Paga", como dicen los niños, el que se deja sorprender por un gesto o una palabra, porque carece de experiencia o de arte natural para fingir. El que posee esos dones, el que sabe "tirar la piedra y esconder la mano", salva su reputación, vive tranquilo y se divierte presenciando escenas, porque entiende la parte cómica que hay en ellas.

Esto ocurre más de una vez cada día. Por lo tanto, ¡qué puede saber la escuela de lo que es un niño malo y un niño bueno!

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Iola".—Poemas en prosa por Luis López de Mesa.—Ediciones "El Convivio".—I. García Monge, Editor.—Costa Rica, 1922.

He aquí otra de las buenas ediciones de García Monge, y por las que, una vez más, le somos tan gratos.

Estos poemas en prosa, algunos de los cuales son de una encantadora sencillez de expresión y de una dulce pureza de espíritu, están llenos de la inquietud de la vida y del ensueño de un alma exquisita, para la que es amable romantizar el ideal y las mujeres, vistiéndolos con la gasa azul de la poesía y el tul finísimo de la ilusión.

"Iola" es una historia de amor, vulgar en el romance, pero de intensa vida en la emoción interior. Luis López de Mesa ha consagrado en este libro facultades nada vulgares de escritor, definiéndonos un estilo y un alma que merecen nuestra atención.—**T. M.**

"Aurora Boreal".—Poesías de Sergio Núñez.—Guayaquil.—1920.

Dirirámbico, adjetivador, neologista, el autor de este libro, que apadrina Salvador Rueda, da la impresión de un joven poeta decadente del 98.

Exaltadas dedicatorias, notas marginales, fe de erratas,—en fin, "todo el furor de la literatura":—eso es la "aurora boreal" de Sergio Núñez.

El tiempo, con su enorme piedra redonda de pulir las cosas, limará sus metales, y aun todavía los ahogará en el propio polvo de sus sueños...—**T. M.**

"Niño y Grande".—Novela de Gabriel Miró.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

Gabriel Miró, pulcro y elegante, fino y recóndito, nos ofrece una nueva novela, en donde la vida se trasluce como en un cristal.

Libro sin agitaciones trágicas ni ensueños románticos: sereno, tranquilo, lleno de vida real, de juventud, de senectud, de amor... Libro escrito en ese estilo castizo y puro del autor de las "Figuras de la Pasión". La editorial Atenea agrega con él un selecto volumen a su catálogo.—T. M.